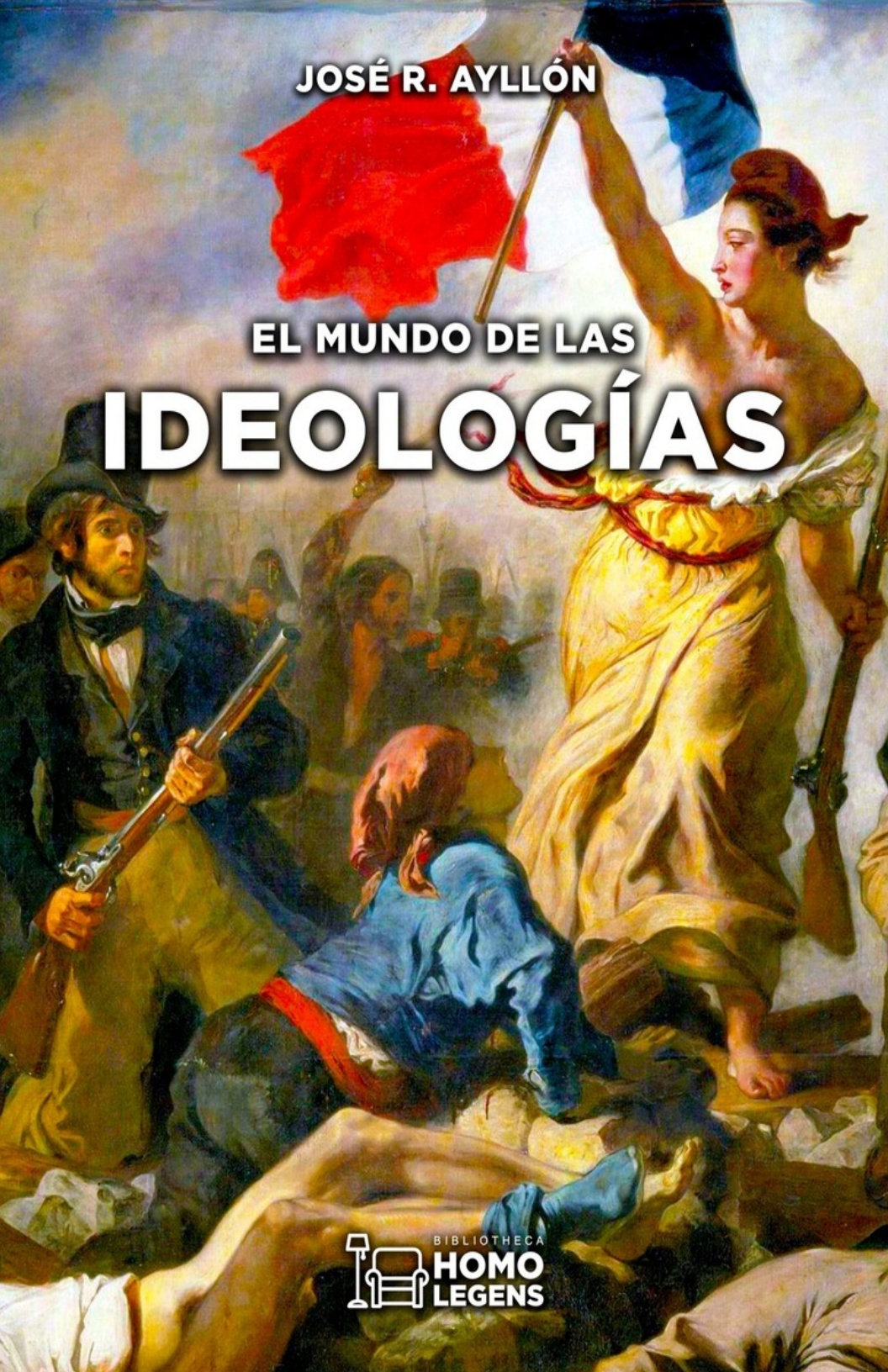




JOSÉ R. AYLLÓN

EL MUNDO DE LAS
IDEOLOGÍAS

EL MUNDO DE LAS IDEOLOGÍAS

José R. Ayllón

BIBLIOTHECA **HOMOLEGENS**

© José Ramón Ayllón, 2019

© Homo Legens, 2019

Calle Trafalgar, 1

28010 Madrid

www.homolegens.com

Colección dirigida por Kiko Méndez-Monasterio

ISBN: 978-84-17407-75-9

Maquetación: Blanca Beltrán Esteban

Imagen de portada: *La Liberté guidant le peuple*, Eugène Delacroix, 1830,
Museo del Louvre, París

Todos los derechos reservados.



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

(Atribución-No comercial-Compartir igual)

*A Jesús García Conde,
voz comprometida*



ÍNDICE

1. Occidente y las ideologías
2. La Ilustración y su Revolución
3. La masonería
4. El positivismo
5. Evolucionismo radical
6. Liberalismo y capitalismo
7. El marxismo como ingeniería social
8. Los nacionalismos
9. Nietzsche, Freud y la revolución sexual
10. Feminismo e ideología de género
11. Ecologismo y antinatalismo
12. Posverdad y corrección política

Fue el mejor de los tiempos y también el peor; la edad de la sabiduría y de la locura; la época de la fe y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Parecía que lo teníamos todo y no teníamos nada. Íbamos directamente hacia el cielo pero nos extraviábamos por el camino opuesto.

Charles Dickens

Historia de dos ciudades

El hombre es para el hombre el ser supremo.

Feuerbach

1.

Occidente y las ideologías

Cuando el mundo antiguo estaba declinando, las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. En el siglo XVIII, las ideas cristianas cedieron su puesto a las ideas filosóficas.

Karl Marx

Occidente, *the West* , es mucho más que Londres y Florencia, que Homero y Cervantes, que la Coca-Cola y los vaqueros. Valores e instituciones comunes le convierten en un mundo con rasgos propios, diferente de los mundos chino y japonés, árabe y musulmán, indio y africano. Esos valores e instituciones son fruto de un proceso de siglos, alimentado por tres aportaciones esenciales: la razón griega, el derecho romano y la religión cristiana.

Ese legado extraordinario será administrado, hasta finales del siglo XVIII, por los dos poderes que configuran el Antiguo Régimen: los reyes y los papas. A partir de la Revolución francesa –tal como resume **Marx** en la cita que abre este capítulo–, serán las ideologías quienes configuren el nuevo mundo, apareciendo en cascada con este orden:

- Ilustración y masonería
- Positivismo y nacionalismos
- Liberalismo y comunismo marxista
- Evolucionismo radical y ecologismo
- Psicoanálisis freudiano y revolución sexual
- Ideología de género y posverdad

La novedad de este escenario es relativa. Si los griegos pasaron del mito al logos por el puente de la filosofía, sus nie-

tos europeos han girado sobre sus talones en el siglo XVIII, han cruzado el puente en sentido contrario, y desde entonces van cayendo en los grandes mitos modernos: las ideologías. Su estudio aporta, sin duda, una perspectiva esencial en la comprensión del mundo actual. Nacieron a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX, pero siguen vivas en el XXI, con muy buena salud. Todas están aquí, sumando sus esfuerzos en pos de un progreso ambivalente, que incluye ingeniería social para deconstruir la civilización en la que han nacido. Aunque suene a película, su objetivo es el asalto a Occidente.

Triple herencia

Decíamos que la civilización occidental se construye sobre el legado de Grecia, Roma y el cristianismo. **Grecia** es la razón rigurosa y la democracia, el derecho a ser protegido por la ley y el deber de cumplirla. Cuando los filósofos ingleses forjen la expresión *government of laws*, no harán sino volver a formular en su lengua el viejo ideal cívico griego. En Grecia también nació la enseñanza: un conjunto sistematizado de conocimientos que perdura, a través de la Edad Media y el Renacimiento, hasta las sociedades occidentales modernas. A ese clima cultural y político corresponde un nivel ético elevado, que propone el cultivo de las virtudes fundamentales.

Si Grecia tiene tantas legislaciones como ciudades, **Roma** es un enorme imperio que pudo mantener la cohesión gracias a su incomparable **Derecho**. El espíritu práctico de los romanos, unido a un profundo respeto por la tradición heredada, propiciaron una minuciosa recopilación de dictámenes y sentencias jurídicas. Aquel inmenso y elaboradísimo corpus, estudiado más tarde en las mejores universidades, será la base de todos los ordenamientos jurídicos occidentales modernos. Se daba así un segundo salto en la evolución cultural de la humanidad.

Griegos y romanos vislumbraron que el universo obedece a un plan, trazado sin duda por algún extraño e invisible Ser. Lo que jamás pudieron imaginar es que el misterioso Hacedor del mundo pudiera visitarlo en persona, y enseñar subido a una barca o presidiendo una comida. Dice **Chester-ton** que “ese hecho, admitido en bloque por la civilización occidental durante casi dos milenios, es lo más asombroso que ha conocido el hombre desde que apareció sobre la faz de la Tierra”. **Julián Marías** expone la radical innovación del cristianismo en un breve y clarificador ensayo: *La perspectiva cristiana*.

La triple alianza entre Grecia, Roma y el cristianismo produce, entre otros frutos, el *humanismo*: amplísimo acervo de sabiduría vertida por escrito cuyo propósito fue, desde Homero, el ennoblecimiento armónico del ser humano en sus principales facetas: ética, estética y espiritual. Otro de los hitos culturales de esa alianza fue la invención de la Universidad, forma superior de enseñanza y convivencia culta, con inmensas consecuencias. Un tercer fruto serán la ciencia y la técnica, que despegan a partir del siglo XVI. Otro mérito indudable es haber sentado las bases de las instituciones libres que han proporcionado a los países occidentales su predominio geopolítico. **Xavier Zubiri** resume así la enorme importancia de esa síntesis:

La metafísica griega, el derecho romano y la religión de Israel (dejando de lado su origen y destino divinos) son los tres productos más gigantescos del espíritu humano. El haberlos absorbido en una unidad radical y trascendente constituye una de las manifestaciones históricas más espléndidas de las posibilidades internas del cristianismo. Sólo la ciencia moderna puede equipararse en grandeza a aquellos tres legados.

Asalto a Occidente

Las conquistas mencionadas surgen y se consolidan a lo

largo de una extensa época que conocemos como Antiguo Régimen, lastrada también por indudables injusticias. Se trata de una sociedad rigurosamente estamental, que defiende privilegios de clase y consagra la desigualdad social, jurídica y económica; que apenas contempla la libertad política, y menos la de conciencia, pensamiento y expresión.

En 1789, los ilustrados franceses, decididos a liquidar el viejo orden, provocarán una revolución que cambiará para bien y para mal el curso de la historia. Europa y América serán, desde entonces, las primeras tierras sembradas y minadas, al mismo tiempo, por ideas que aspiran al poder político y al dominio cultural.

Marx, el más grande de los ideólogos, lamenta que esa revolución ideológica haya llegado con tanto retraso, por culpa de una trayectoria filosófica dedicada desde los griegos a interpretar el mundo, no a cambiarlo. El marxismo acabará con ese estatus pasivo y se centrará en transformar la sociedad. Será –como casi todas las ideologías– una teoría para justificar una praxis revolucionaria que siempre llevará aparejado un proceso de ingeniería social.

La Ilustración francesa tomará por bandera la lucha declarada contra la Monarquía y la Iglesia. El cristianismo, reconocido por el emperador Constantino, con estatus de religión oficial desde Teodosio, se había convertido en el alma de una Europa que se llamó Cristiandad hasta el Renacimiento. Cuando los europeos alzaban la vista, veían sobre las iglesias la misma cruz que se había levantado en el Gólgota. Esa religión era la fibra de su ser: los moldeaba desde la cuna hasta la sepultura, bajo la autoridad moral e intelectual de la Iglesia. Con esa milenaria forma de vivir y pensar quiso acabar el Siglo de las Luces, y después sus herederos intelectuales, en una larga cadena cuyos primeros eslabones serán Voltaire, Rousseau, Comte y Marx.

Toda ideología promete un mundo feliz que nunca llega,

pero la esperada utopía incrementa su popularidad y facilita su implantación. ¿Cómo evaluar en conjunto el desarrollo del proyecto ilustrado durante dos siglos? Un sencillo esquema nos permite ver una cuenta de resultados apabullante y contradictoria.

- Desaparecen las monarquías absolutas y los estamentos.
- Surgen democracias liberales y dictaduras comunistas.
- Vemos igualdad ante la ley y arbitrariedad.
- Triunfa el liberalismo económico y la planificación estatalista.
- Hay parlamentarismo constitucional y farsa parlamentaria.
- Se multiplican y se reprimen derechos y libertades.
- Se sustituye una cosmovisión cristiana por otra materialista.
- Dos guerras mundiales arrasan Europa.
- Triunfan la revolución sexual y la cultura abortista.
- Se planifica la deconstrucción de la familia .
- Se extiende la posverdad.

Relación con la verdad

Conviene subrayar que las ideologías no buscan la verdad. Más bien intentan imponer su visión preconcebida del hombre y del mundo, siempre esquemática, materialista y utópica. Esa *jibarización* se aprecia con nitidez en media docena de casos:

- La Ilustración y el positivismo tienden a reducir la verdad a ciencia empírica, al margen de consideraciones metafísicas o religiosas.
- La suprema verdad de los nacionalismos es un supremacismo excluyente y violento, de corte racista.
- El liberalismo tiende a reducir la vida humana a libertad política y económica.

- El marxismo afirma que el ser humano y la historia universal son producto de las relaciones económicas y la lucha de clases. Marx simplifica la realidad con ojos maniqueos que solo ven buenos y malos, explotadores y explotados, comunistas o fascistas.
- El psicoanálisis de Freud y el feminismo radical entienden que la gran verdad sobre el ser humano, y su meta definitiva, es una libertad sexual sin límites.
- Para el evolucionismo radical, el ser humano y todos los seres vivos son resultado de procesos biológicos al azar.

Si la verdad es tan solo una palabra vacía en el discurso ideológico, una ficción útil, también lo serán algunos conceptos y valores esenciales: libertad, democracia, justicia, ética, progreso... Las ideologías emplearán esas palabras como máscaras, y también como música para marcar el paso a una ciudadanía ingenua. **George Orwell** y **Aldous Huxley** mostraron cómo el uso ideológico del lenguaje crea siempre una neolengua al servicio de la manipulación y de las distopías. En ello estamos.

2.

La Ilustración y su revolución

Sois esclavos de la superstición clerical. Ahora no podéis tener otro culto que el de la libertad.

Joseph Fouché

En realidad, la idea de la igualdad y la libertad humanas y de que todo hombre es hombre, y no puede ser nunca y por ninguna razón más ni menos y, por lo tanto, que también los indios, como todos los hombres, son hombres con mente racional, está formulada, siglos antes de que estas palabras se conviertan en verborrea política, en una iglesita de los dominicos de La Española, por el padre Antonio de Montesinos.

José Jiménez Lozano

La madre de las ideologías fue la Ilustración, francesa por antonomasia. Su nombre expresa el deseo de ilustrar al pueblo llano. Si la ignorancia es aliada de la miseria y la opresión, conviene tomarse en serio la educación de los niños y del pueblo en general. *Sapere aude*, “Atrévete a saber”, propone Kant.

Razón, progreso, felicidad

El conocimiento es fuente de progreso, y de la mano del progreso llegará la felicidad. “No tenemos otra cosa que hacer en este mundo que procurarnos sensaciones y sentimientos agradables”, escribía Madame du Châtelet, la gran amiga de Voltaire.

Para ser felices necesitamos ser libres. La libertad, entendida como liberación, será una meta irrenunciable, casi una obsesión. ¿De qué quiere liberarse la Ilustración? Del **Antiguo Régimen** y todas sus rigideces: la sociedad estamental, el absolutismo monárquico, la hegemonía intelectual y moral de la Iglesia. En Francia, la jovencísima reina María Antonieta es descrita por Stefan Zweig como despreocupada

derrochadora, que “sacrifica estúpida e inconscientemente el amor y el bienestar de veinte millones de personas a una arrogante camarilla de veinte damas y caballeros”. Con esa irresponsable conducta, que exasperó al pueblo durante años, se ganó a pulso el ser *afeitada por la navaja nacional*.

A lo largo del siglo XIX, antes de la implantación de las dictaduras comunistas, el **Nuevo Régimen** irá logrando:

- El parlamentarismo constitucional
- La desaparición de los estamentos
- Libertad de pensamiento y expresión
- Igualdad ante la ley
- Liberalismo económico

Junto a una libertad dispuesta al heroísmo, los ilustrados también reclaman otra por encima de normas y deberes, individualista, que permita una conducta caprichosa. Ese desenfoque, heredado por Nietzsche, Freud y el feminismo, encontrará su apoteosis en las revueltas estudiantiles de **mayo del 68**, y será expresado de forma insuperable en sus célebres pintadas: “Prohibido prohibir”, “Mis deseos son la realidad”, “Decreto el estado de felicidad permanente”.

Si hacemos caso a **Montesquieu**, debemos cultivar la felicidad como una planta, sin quejarnos cuando no la conseguimos, y sin ambicionar la condición de los ángeles. El punto de partida será moderar la imaginación, no anticipar los males ni magnificarlos, y tampoco perseguir alegrías inalcanzables, que solo multiplican las decepciones. Después, con la cabeza serena, veremos la vida como es, sin pedir lo que no puede ser, sin lamentar una existencia gris. Pensemos cuántas calamidades no hemos tenido que soportar, y con este pragmático realismo administremos nuestros humildes pero reales bienes. Huyamos de las alborotadas pa-

siones y busquemos la vida tranquila, la armonía con nosotros mismos.

Disfrutemos con las pequeñas alegrías: una conversación agradable, un rato de deporte, una lectura. El presente es lo que importa, pues el porvenir es un charlatán que nos engaña a menudo. No nos pongamos trágicos, ni siquiera al pensar en la muerte o al tenerla delante. Cultivemos el buen humor, ese vestido que deberíamos llevar todos los días. Pongamos sobre nuestra nariz unas gafas benevolentes para que todo adquiera color risueño. El día que los hombres sonrían desaparecerán muchos venenos del espíritu.

Rousseau: la victoria del sentimiento

Ese **optimismo** vital es, sin duda, uno de los aspectos más atractivos de la Ilustración, y será alimentado, sobre todo, por **Rousseau**. Si sus antepasados calvinistas habían afirmado el dogma del pecado original, él defenderá la postura opuesta: la bondad original. Su fe en la naturaleza humana y en la perfectibilidad de la sociedad impresionó a sus contemporáneos y levantó una ola de simpatía en toda Europa. Hasta que las atrocidades del **Terror** revolucionario, entre 1793 y 1794, pusieron de manifiesto lo extravagante de su optimismo y borraron la fe en la bondad esencial del ser humano. Ni siquiera el gran apóstol de la idea de progreso, Condorcet, pudo evitar la guillotina.

El ginebrino Rousseau, ilustrado a su manera, contradictorio y eterno adolescente, marcará la modernidad como ningún otro intelectual. **Antepuso el sentimiento a la razón**, rasgo sobresaliente en nuestros días. *El Contrato Social* nutrió de ideas a la Revolución francesa y al pensamiento democrático, pero también a regímenes totalitarios. Su *Eloísa* plantea el **retorno a la naturaleza** y a la vida sencilla. Su *Emilio* aporta el **buenismo sentimental** que configura eso que ingenuamente llamamos Nueva Pedagogía.

Rousseau sustituye el deber moral por la inclinación sentimental, en un quejumbroso discurso que des-responsabiliza al individuo y culpa de todos sus males al perverso proceso civilizador de la sociedad. Por ahí se llega hasta nuestros días, a una sociedad entregada, en expresión de Robert Huges, a la cultura de la queja.

Contra el cristianismo

Junto a la felicidad, en la agenda ilustrada figuran otras dos prioridades: una nueva política, que transformaría a los súbditos de un rey en ciudadanos de una democracia, y una nueva educación, que impediría caer en los antiguos errores. El afán educativo produjo en Francia la *Enciclopedia* o *Diccionario razonado de las artes, las ciencias y los oficios*. Esta obra magna fue publicada en 28 tomos, entre 1751 y 1772, bajo la dirección de Diderot y d'Alembert. Pronto reproducida e imitada en toda Europa y América, con su marcada ambivalencia: excelente obra de referencia y máquina de guerra contra el cristianismo; cruzada del conocimiento y gigantesco panfleto.

La Ilustración francesa estimó que su tarea reformadora requería **eliminar un obstáculo previo: el cristianismo**. No su ética de amor y fraternidad, sino su pretensión de verdad, su teología y la misma Iglesia. En *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, **Paul Hazard** escribe:

El siglo XVIII no se contentó con una Reforma. Lo que quiso abatir fue la cruz; borrar la idea de una comunicación de Dios con el hombre, de una revelación; destruir una concepción religiosa de la vida.

Después vendría la reconstrucción: la luz de la razón dispararía las grandes masas de sombra que cubrían la tierra; la sociedad se ordenaría con un nuevo derecho, ante el que todos serían iguales, sin injustos privilegios históricos. ¿De dónde viene semejante osadía? Los voluntarios en la guerra

de independencia de las trece colonias de Nueva Inglaterra, hablan de un extraño país democrático, donde no hay rey, ni corte, ni aristocracia, sino únicamente ciudadanos y ciudadanas libres e iguales. ¿Acaso no es lo que predicaban Rousseau, Voltaire y Diderot? ¿No es una prueba de que es posible?

El siglo XVIII es deísta. Mantiene algunos conceptos fundamentales del cristianismo –Creador, Providencia y preceptos morales–, pero convierte la moral en filantropía, sin elementos ascéticos y espirituales, sin sanción después de la muerte: la esperanza religiosa se pone ahora en el progreso material, sustituto de la bienaventuranza eterna.

El único evangelio que se debe leer es el gran libro de la naturaleza, escrito por la mano de Dios y sellado con su sello. La única religión que se debe profesar es la que consiste en adorar a Dios y en ser hombre honrado.

Voltaire y Montesquieu

La cita es de **Voltaire**, el más célebre de los ilustrados. Nació a finales del siglo XVII y murió en 1778, el mismo año que Rousseau. Fue con sus escritos un excelente divulgador, que probó la cárcel y el exilio en varias ocasiones por su mezcla de valentía y arrogancia. Su apasionamiento pasa por encima de sus contradicciones, hasta el punto de defender una idea y su contraria, de afirmar una cosa y vivir otra. Mientras recoge las ideas de John Locke en un breve *Tratado sobre la tolerancia*, manifiesta de mil formas su obsesión anticristiana. La Iglesia católica –a la que siempre apodará “la infame”– era un nido de locos y corruptos, pero él estará siempre agradecido a sus maestros jesuitas y, cuando los expulsen de Francia, ocultará en su casa al padre Adam durante trece años. La Biblia no tenía grandeza ni belleza, y el Evangelio solo había traído desgracia a la tierra, pero él erigirá una iglesia junto a su última mansión, en la que grabará “Deo erexit Voltaire 1761”, y asistirá a misa los domingos,

acompañado de guardaespaldas.

Polemista incansable, a veces se rebajó de forma innoble, infiel a la elegancia de su maestro Bayle. El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua aplica el adjetivo “volteriano” a quien, “a la manera de Voltaire, afecta o manifiesta incredulidad o impiedad cínica y burlona”. Diderot, que le conocía muy bien, lo llamará el Anticristo, y gran parte de Europa le volverá la espalda, al verle como “el genio del odio”. Muchos ilustrados le reprocharon su violencia. Le veían capaz de resucitar la Inquisición contra los que no pensaban como él. Les daba miedo. Hazard lo retrata admirablemente en el ensayo citado.

El exilio de Voltaire en Inglaterra coincidió con una estancia de **Montesquieu** (1689-1755), interesado en estudiar la constitución británica y su forma de gobierno. Años más tarde, en 1748, el barón publicaría *El espíritu de las leyes*, un estudio comparado de las principales legislaciones europeas, en el que propone la separación y equilibrio de los tres poderes fundamentales: ejecutivo, legislativo y judicial. Solo así se garantiza eficazmente la libertad y los derechos civiles. La teoría, puesta inmediatamente en práctica por los colonos norteamericanos, fue acogida como una de las maravillas del mundo. Demostraba, entre otras cosas, que los fines democráticos y parlamentarios de la Revolución francesa podían conseguirse sin violencia.

La Revolución francesa

En Francia, la Ilustración fue el alma de una Revolución que ansiaba la igualdad natural de todos los hombres, concretada en la igualdad ante la ley, la supresión de estamentos, la abolición de privilegios y la soberanía del pueblo. Hoy celebramos el origen de la liquidación del Antiguo Régimen, aunque el precio fue cortar la cabeza al rey, disolver o expulsar a las órdenes religiosas, confiscar sus bienes, monopolizar la enseñanza y legislar de forma sectaria. En palabras de

Tocqueville, la Revolución “impuso la tiranía democrática en lugar de la libertad”.

Aunque Voltaire no llegó a ver la Revolución francesa, la hizo posible. Doce años después de su muerte, en plena euforia revolucionaria, el *Mercure de France* reconocía que él había “abatido la primera y más formidable barrera del despotismo: el poder religioso y sacerdotal”. Pero ésa no es toda la verdad, pues una generación de jóvenes revolucionarios estaba inventando la primera dictadura moderna y desangrando Francia antes de emprenderla contra Europa. Tomemos como ejemplo a **Joseph Fouché**, un revolucionario que llegaría a dirigir la policía de París, magistralmente biografiado por Stefan Zweig. Fouché escribía en la *Instrucción de Lyon* :

Todo está permitido a quienes actúan en interés de la Revolución (...). Sois esclavos de la superstición clerical. Ahora no podéis tener otro culto que el de la libertad (...). Cualquiera que no esté con el pueblo, que abandone nuestro país, porque de lo contrario será descubierto y su sangre impura empapará el suelo de la Libertad.

El miedo a parecer moderado y caer en desgracia convertirá a Fouché en el *Metrallero de Lyon*, que saca de la cárcel a grupos numerosos, los ata y los acribilla con cañones situados a diez pasos de distancia. Antes de esas indescriptibles carnicerías ha montado una orgía de exaltación atea, con la excusa de celebrar el funeral de un revolucionario. Para ello arranca crucifijos de los altares, roba cálices, custodias, casullas e imágenes sagradas. Después, una chusma ruidosa arrastra en triunfo el botín expoliado. Tras la chusma trota un asno con una mitra episcopal sobre las orejas; a la cola del pobre animal han atado un crucifijo y una Biblia... Al fin, por un extravío del gusto especialmente lamentable y blasfemo, queman todo en una hoguera y hacen beber al cuadrúpedo de un cáliz consagrado. Con su oratoria demen-

cial, Fouché ha justificado y desatado la venganza “para alcanzar, a través de las ruinas, la dicha de la nación y la renovación del mundo”.

La Revolución francesa desató una sorprendente furia antirreligiosa, desconocida en el resto del Continente. **Tocqueville**, observador privilegiado, nos dice que “no había más motivo para atacar a la Iglesia en Francia que en cualquier otra parte; más bien sucedía lo contrario”. Pero una Revolución que quiere borrar el pasado y la tradición, se topó con una Iglesia que no puede prescindir del pasado y se apoya necesariamente en la tradición. Mientras los revolucionarios se juegan la vida por suprimir las jerarquías, la Iglesia es esencialmente jerárquica. “Por otra parte, la Iglesia era en aquel entonces el primero de los poderes políticos, y el más detestado aunque no fuese el más opresivo; y es que había llegado a mezclarse con ellos en contra de su vocación y de su naturaleza”.

Tocqueville se sorprende de que América haya aplicado las doctrinas políticas más atrevidas de los filósofos del siglo XVIII, sin que por ello las doctrinas antirreligiosas se hayan abierto camino, y ello pese a la ilimitada libertad de prensa. Cuando pregunta a los americanos “si la religión es útil a la estabilidad de las leyes y al buen orden de la sociedad”, le “responden sin vacilar que una sociedad civilizada –sobre todo si es libre– no puede subsistir sin religión. El respeto a la religión es, a sus ojos, la mayor garantía de la estabilidad del Estado y de la seguridad de los particulares. Hasta los políticos principiantes saben eso”.

El Antiguo Régimen y la Revolución es un magnífico estudio de sociología histórica publicado en 1858. Hoy, después de miles de análisis, su lectura sigue siendo imprescindible. Baste, como ejemplo, esta página antológica:

He estudiado mucho la historia, y me atrevo a afirmar que no ha existido otra revolución en la que pudiera

verse al principio, en tan alto número de hombres, un patriotismo más sincero, mayor desinterés, más grandeza verdadera. La nación reveló ahí el principal defecto y la principal cualidad de la juventud: la inexperiencia y la generosidad. Con todo, el ataque a la religión produjo un mal inmenso. En la mayoría de las grandes revoluciones políticas de la historia, quienes atacaban las leyes respetaban las creencias, y en la mayoría de las revoluciones religiosas, quienes atacaban la religión respetaban las leyes y el gobierno. Quiero decir que, en los mayores trastornos de la sociedad, hubo siempre un punto que permanecía sólido. Pero en la Revolución francesa, con las leyes religiosas abolidas al mismo tiempo que se trastocaban las civiles, el espíritu humano perdió por completo su equilibrio; no supo ni a qué atenerse ni dónde detenerse.

Era evidente que “demasiadas cosas valiosas habían caído junto a las cabezas de los monarcas”, dice **García Gibert** . Por eso, “ninguna persona moralmente sana podía estar a favor de ese proceso que había llevado directamente al laberinto del Terror”. Si **Thomas Paine** , en 1791, escribía que “no puede la mente imaginarse un espectáculo más grandioso que el de la ciudad de París durante la toma de la Bastilla”, **Chateaubriand** describía lo contrario en sus *Memorias de ultratumba* : un grosero espectáculo protagonizado por una chusma borracha y cruel que jamás habría entrado en la fortaleza si no hubiera encontrado abiertos sus portalones.

Más tarde, el caos y el Terror desatado por Robespierre hizo necesario a **Napoleón** , un militar que quiso imponer a cañonazos los ideales ilustrados en Europa, y que en tres lustros dejó sobre los campos de batalla –según la estimación más baja– cinco millones de cadáveres.

Tocqueville , en la obra citada, alude a Napoleón y reconoce que los franceses, “abandonando su primer objetivo, se

olvidaron de la libertad y fueron siervos del amo del mundo y de un gobierno mucho más fuerte que el derribado por la Revolución, que suprimía las libertades pagadas a tan alto precio” y alcanzaba “una concentración de poder como no se había visto en el mundo desde la caída del Imperio romano”. Es cierto que el cónsul Napoleón devolvió a Francia la paz y el orden, pero el Napoleón posterior, cesarista y enloquecido, arrastró al mundo a criminales aventuras, solo por satisfacer su personal ansia de poder. El juicio de Goya no pudo ser más certero: *El sueño de la Razón produce monstruos* .

3.

La masonería

Un masón es un ciudadano pacífico sujeto a los poderes civiles (...), que nunca se va a implicar en conjuras o conspiraciones contra la paz y el bienestar de la nación.

Constituciones de Anderson

Se cree que Voltaire ingresó en la masonería dos años antes de morir. La sospechosa secta decía compartir el ideal ilustrado de fraternidad universal. Bajo esa bandera, lo que empezó siendo un gremio medieval de albañiles había experimentado, a lo largo del siglo XVIII, una extraordinaria expansión entre sectores intelectuales y aristocráticos, creando una poderosa red de influencias por todo el continente.

Masonería e Ilustración muestran un curioso paralelismo. Nacen y se desarrollan al mismo tiempo, principalmente en Francia e Inglaterra. Si muchos ilustrados son masones, todos los masones comparten el ideario ilustrado. Pero la masonería, a diferencia de la Ilustración, es una organización sólida, llamada a perdurar en el tiempo y a cumplir un programa de transformación o revolución política, económica y educativa. Junto a su obsesión anticatólica, su gran empeño ha sido y sigue siendo la implantación universal del programa ilustrado. Entre las fuentes para su estudio son indispensables las *Constituciones de Anderson*, aprobadas y publicadas en 1723. Sus páginas describen a una sociedad de élite, cerrada a las mujeres, cuyos vínculos están por encima de la familia, la religión y la patria.

La masonería era y es una sociedad compleja, mal conocida a causa de su secretismo, con enorme influencia en los cambios sociales y políticos de la modernidad. Asociación paradójica, de gentes que rechazan las iglesias y se reúnen

en capillas oscuras; de varones cultos que recurren a ritos y símbolos esotéricos, a veces satánicos; de liberales que fundan una secta, se integran en logias clandestinas y conspiran para cambiar la sociedad.

La relación entre la masonería y la Revolución francesa fue más que estrecha, pues fueron masones los principales revolucionarios: Mirabeau, Desmoulins, Marat, Danton, Westermann, La Fayette, Jefe de la Guardia Nacional, Rouget de Lisle, autor de *La Marsellesa*, y el doctor Guillotin. La historia muestra, desde entonces, la participación de los masones en numerosos procesos revolucionarios extraordinariamente cruentos. Esas acciones subversivas quizá han estado cargadas de las mejores intenciones, pero su presunta bondad no deja de ser discutible y utópica.

En 1792, recién fundada la República francesa, la catedral de Notre-Dame fue profanada y el culto católico fue sustituido por el culto a la “razón y libertad”. En 1793, después de cortar la cabeza a Luis XVI, se desató una implacable persecución religiosa contra los católicos de La Vendée, desobedientes contra el nuevo régimen. Una represión visceral provocó más de cien mil muertos en esa región. Lo cuenta Julio Verne en una breve novela rigurosamente histórica: *El Conde de Chanteleine*. Historiadores como Pierre Chaunu hablan del primer genocidio de la era moderna. Ningún monarca europeo había cometido jamás semejantes barbaridades, ni llevado a cabo tantas ejecuciones.

La Revolución francesa hizo patente la capacidad subversiva de la masonería, tanto en Europa como en América. En los países que Napoleón invadía, la masonería desempeñaba un papel relevante. Las fuerzas de ocupación iban creando a su paso logias en las que intentaban integrar a élites nacionales. Masones fueron los líderes de la emancipación americana que acabaron con el imperio español: San Martín y Bolívar, Bernardo O’Higgins y William Brown. Las constitucio-

nes de la Logia Lautaro, fundada por San Martín en Buenos Aires, resumen uno de los propósitos de la masonería: provocar el cambio político por medio de una minoría iluminada que regiría la nueva sociedad. La logia contaba con sucursales en Mendoza, Lima y Santiago de Chile, y se preparaba para crear el ejército de los Andes, una formidable máquina militar que debía expulsar a los españoles del continente. Lo cuenta **César Vidal** en *Los masones*.

Las élites secretas lograron el poder en las nuevas repúblicas hispanoamericanas, pero no lograron implantar sistemas democráticos sólidos, sino una cadena de dictaduras y oligarquías que han sobrevivido hasta nuestros días. Esa impotencia política de la masonería ha sido maliciosamente disimulada por innumerables publicaciones dedicadas a criticar la presencia española y la acción de la Iglesia católica en Hispanoamérica.

La verdad, sin embargo, está más cerca de **Simón Bolívar**, el otro gran protagonista de la emancipación, junto con San Martín. El 8 de noviembre de 1928, cuando el sueño de libertad se estaba convirtiendo en una pesadilla inmanejable, Bolívar promulgó un decreto que proscribía “todas las sociedades o confraternidades secretas, sea cual fuere la denominación de cada una”. El decreto no parece caprichoso ni exagerado, sino fruto de una reiterada constatación:

Tanto en Colombia como en otras naciones, las sociedades secretas sirven especialmente para preparar los trastornos políticos, turbando la tranquilidad pública y el orden establecido; ocultando todas sus operaciones con el velo del misterio, hacen presumir fundadamente que no son buenas ni útiles a la sociedad.

En 1813, la derrota de las tropas francesas en España significó la disolución de la masonería española, eficaz instrumento del dominio napoleónico. Pero, gracias a su enorme poder conspirativo, regresó al cabo de pocos años. El nove-

lista **Pérez Galdós** , en uno de sus Episodios Nacionales –*El Gran Oriente* – la describe así:

Un hormiguero de intrigantes, una agencia de destinos, un centro de corrupción e infames compadrazgos (...). Una poderosa cuadrilla política que solo se ocupaba de levantar y hundir adeptos, de impulsar la desgobernanación del reino; era un centro colosal de intrigas, pues allí se urdían de todas clases y dimensiones.

Si el peso de la masonería en los procesos revolucionarios del siglo XIX fue extraordinario, también lo ha sido, durante el siglo XX, en los gobiernos de las principales democracias occidentales, así como en los regímenes presidencialistas de Hispanoamérica. Esa enorme influencia se consigue, en gran medida, por medio de sociedades pantalla cuya estrecha vinculación con la masonería es cuidadosamente disimulada. Se trata de poderosas instituciones políticas, económicas y culturales, casi siempre con amplia proyección internacional. Entre las que describe el historiador **Ricardo de la Cierva** : la Sociedad Fabiana y la *London School of Economics* , el Club Bilderberg, la Tabla Redonda, la Trilateral, el *Royal Institute of International affairs* (RIIA), y el *Council of Foreing Relations* (CFR). En España: la Institución Libre de Enseñanza y su Residencia de Estudiantes, el Grupo PRISA y su diario El País.

Quizá no sea superfluo recordar que el juicio de los Papas sobre la masonería es unánime. Estas explícitas palabras de **León XIII** lo resumen bien. Fueron escritas en 1884 y se pueden aplicar a otras ideologías.

Resulta claro el último y principal de sus intentos, a saber: destruir hasta los fundamentos todo el orden religioso y civil establecido por el cristianismo, y levantar a su manera otro nuevo, con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del naturalismo.

El positivismo

Antes de 1860 predicaré el positivismo en Notre-Dame como la única religión real y completa.

Auguste Comte

Desde el siglo XVIII, la ciencia y sus aplicaciones han mejorado hasta lo inimaginable las condiciones de vida en medio mundo. Esos resultados deslumbrantes también han llevado a pensar que todos los retos del conocimiento tendrán una respuesta científica, y que lograrlo solo es cuestión de tiempo. Tal pretensión de verdad completa –ingrediente del optimismo ilustrado– fue la que buscó el darwinismo radical por medio de la biología, la que buscó Marx con la historia y la economía, Freud con el psicoanálisis y Auguste Comte con el positivismo.

Una obsesión reformadora

Auguste Comte vivió entre 1798 y 1857. Había nacido en una familia francesa, católica y monárquica. Estudió en la famosa Escuela Politécnica de París. Se formó en la lectura de los enciclopedistas franceses y los empiristas ingleses. Al referirse a su fortísima y precoz vocación reformadora, escribirá: “Después de cumplir catorce años, experimenté la necesidad imperiosa de una regeneración universal, política y filosófica al mismo tiempo”.

La Revolución francesa, ayudada por Napoleón, había llevado la anarquía a Francia y a media Europa. En medio de esa decepción, Comte se propondrá recuperar los genuinos ideales ilustrados: razón, educación, ciencia, progreso, felicidad. A tal fin redacta su *Curso de filosofía positiva*, un sistema de normas y conocimientos inspirado en el que elaboró la Cristiandad medieval. En esa ambiciosa obra resumirá la

historia de la humanidad en tres etapas sucesivas: la religiosa, la metafísica y la científica. La ciencia empírica, deslumbrante a partir de Newton, lograría explicar todo y arrinconaría para siempre a los ídolos religiosos y a los mitos metafísicos. Si el cristianismo mira al cielo, Comte mira a la tierra y concentra su atención en la política. Si Platón quiere una *polis* gobernada por filósofos, Comte sueña con positivistas en el gobierno de las naciones:

Apoderaos de la sociedad, pues os pertenece no según derecho, sino por un deber evidente, basado en vuestra exclusiva aptitud para dirigirla bien, ya como consejeros, ya como dirigentes. No hace falta disimular que los servidores de la Humanidad vienen a sustituir a los servidores de Dios en todos los aspectos de los asuntos públicos, porque han sido incapaces de interesarse bastante por ellos y comprenderlos realmente.

Comte y el positivismo afirmarán que la ciencia nos da la toda la verdad; que fuera de la ciencia solo hay ignorancia o superstición, nunca conocimiento. Sin embargo, las limitaciones de la ciencia también son clamorosas. Gran parte de la humanidad daría cualquier cosa por conocer el sentido de la vida, pero si preguntamos a la ciencia obtenemos un resultado deprimente, pues la ciencia no sabe, no contesta.

El positivismo convierte en ideología la ciencia, la ética y el derecho. Esa cosmovisión ha configurado nuestro mundo –desde hace dos siglos– con un triple falseamiento:

- Verdad es lo que establece la ciencia
- *Bien* es lo que piensa o hace la mayoría
- Justo es lo que determina el legislador

Comte reemplaza la ética (prescriptiva) por la sociología (meramente descriptiva), y pone la fuente del derecho en el legislador, negando la ley natural. “Un niño es lo que dice la

ley”, repetía Hillary Clinton en campaña, al ser preguntada por el estatuto y los derechos del embrión.

Ambigüedad del progreso

Si hubo una fiebre del oro que afectó a colonos y conquistadores, hay también una fiebre del progreso, contagiada a todas las ideologías por la Ilustración y el positivismo. La revolución tecnológica pareció el perfecto cumplimiento del sueño prometido. Basta una somera enumeración de inventos, producidos durante la segunda mitad del siglo XIX, para comprender la magnitud de los cambios en el trabajo y en el hogar, en los transportes y en las comunicaciones internacionales:

Segadora mecánica (1851), cerradura de seguridad, convertidor de acero, máquina de coser, combustión de petróleo, hélice propulsora, pavimentación con asfalto, cerilla, reloj de bolsillo, convertidor Siemens, máquina de escribir, bicicleta, frigorífico, calefacción central, dinamita, cemento y hormigón armado, motor eléctrico, horno eléctrico, celuloide, plásticos, ascensor, dinamo, rodamiento a bolas, lámpara eléctrica, fonógrafo, tranvía, turbina, linotipia, motor de explosión, fotografía con película, alternador, teléfono, seda artificial, neumático para ruedas, dirigible, motor de combustión interna, telegrafía sin hilos, rayos X, cinematógrafo, radioactividad, automóvil de gasolina, torno y fresa (1900), avión (1902), telefonía sin hilos y radiodifusión (1906).

Por ese camino, el siglo XX patentaría el noventa por ciento de todos los inventos que ha logrado la humanidad. Inmenso progreso, inimaginable en épocas pasadas, que también se concretó en la lucha eficaz contra la enfermedad y la muerte, contra el hambre, la pobreza y la ignorancia. Pero el progreso es bifronte: la evaluación justa de la modernidad exige poner, en el otro platillo de la balanza, las consecuencias de un galope tecnológico inhumano. **Ernesto Sabato** , en el ensayo *Hombres y engranajes* , publicado en

1956, lamentaba la dirección científicista y tecnólatra del mundo. Para el intelectual argentino, la sustitución de la pregunta metafísica y religiosa por la eficacia técnica es la causa de una triste deshumanización.

En la misma línea, **Miguel Delibes** mostró su radiografía del primer mundo en el Discurso de Ingreso a la Real Academia Española de la Lengua, en 1975. El diagnóstico era ciertamente preocupante, pues ponía de manifiesto una competencia sin límites, destrucción de la naturaleza, y necesidades superfluas junto a situaciones extremas de miseria y despilfarro. Dos ejemplos aumentaban el impacto del mensaje: todo el continente africano consumía tanta gasolina como Nueva York, y habría que reunir cuatrocientos niños etíopes para alcanzar los niveles de consumo de un sólo niño estadounidense. Entendemos el progreso como bienestar –explicaba Delibes–, pero traducimos bienestar por dinero y consumo frenético.

En desacuerdo con Sabato y Delibes, **Steve Pinker** afirma en 2019 que “no ha existido mejor momento para vivir que ahora”. El psicólogo canadiense aporta algunos datos para desmontar la epidemia de “progresofobia”, tan de moda y tan políticamente correcta. En los últimos veinte años, las personas que viven en extrema pobreza han caído a la mitad. En dos siglos se ha doblado la esperanza de vida. El mayor problema de salud ya no es el hambre, sino la obesidad. Las víctimas del terrorismo en el mundo son también menores que en los años 70 y 80. El 56% de la humanidad vive en democracias (hace cien años, el 1%). El 88% de la población tiene acceso al agua limpia (en 1980, un 58%).

Unos y otros tienen razón. También es cierto que el Siglo de las Luces y el positivismo habían prometido el progreso, la paz y la felicidad por el camino de la ciencia, pero no lograron cambiar los instintos negativos del ser humano, su tendencia a humillar y degradar al prójimo. Ambas ideolo-

gías nacieron en Europa, único continente que ha sido capaz de concebir la muerte como producto industrial. Si alguna vez Occidente pudo parecer una autopista hacia un futuro feliz, los elevadísimos peajes se encargaron de impedirlo.

Materialismo insuficiente

Si el positivismo es problemático en sus realizaciones, no lo es menos en su justificación intelectual. Desde el punto de vista filosófico, su visión del hombre y del mundo también están en entredicho. Comte llamó *positivo* y *positivismo* al método y al conocimiento científico experimental, sólidamente acreditados por los resultados espectaculares que hemos enumerado. Por contraste, entendió la religión cristiana como superstición, y consideró inexistentes las cuestiones metafísicas. Desde entonces, esa actitud será compartida por un significativo número de científicos. Uno de los más mediáticos, **Stephen Hawking**, fallecido en 2018, trabajó incansablemente en hipótesis cosmológicas que supo divulgar en ensayos como *El Gran Diseño*. En su campaña promocional, el astrofísico afirmó que el propósito del libro era “expulsar al Creador”.

El Universo pudo crearse a sí mismo de la nada, y de hecho lo hizo. La creación espontánea es la razón de que exista algo, de que exista el Universo, de que nosotros existamos. Por eso no es necesario invocar a Dios.

En el modelo cosmológico del libro, el Universo ha tenido su origen en el Big Bang y desaparecerá sumido en los agujeros negros. Hawking era un físico brillante, pero en su lógica filosófica y teológica también había agujeros negros. Solo así se explica el párrafo citado, rematado con estas palabras: “No es necesario un Dios para encender la mecha del Big Bang”. Afirmación verdadera en parte, porque Dios no es necesario para encender una mecha o pulsar un botón, sino para otorgar la existencia a todo lo que llega a existir.

En el primer capítulo del citado libro, Hawking y Mlodinov, coautores, al plantear las grandes preguntas sobre la existencia y la naturaleza de la realidad, nos sorprenden con esta descalificación: “Tradicionalmente eran cuestiones para la filosofía, pero la filosofía ha muerto, porque no se ha mantenido al corriente de los desarrollos modernos de la ciencia”. De una ciencia que parece poseer el monopolio del conocimiento riguroso, mientras la filosofía y la metafísica no pasan de pomposa palabrería. Pero las apariencias engañan. La ciencia nos dice, por ejemplo, que en el mundo sólo existen partículas físicas, carentes de conciencia y de intención. Sin embargo, la evidencia nos muestra otra cosa: que las personas somos conscientes, libres y responsables, llenas de ideas y sentimientos. Esos aspectos se sitúan “más allá de la física”, son tan patentes como metafísicos, y oscurantismo sería negarlos.

No podríamos hacer ciencia si la materia no estuviese íntimamente ordenada. Pero el orden es una cualidad no material: una biblioteca ordenada no pesa más ni menos que la misma biblioteca en desorden. Las ciencias positivas pueden explicar cualquier cuerpo por el orden de sus elementos, pero no pueden explicar el orden mismo, pues es algo que se da en lo físico, con lo físico, sin ser físico. **Einstein** se refirió a ese orden como milagro y eterno misterio, pues “a priori sólo cabría esperar un mundo caótico, imposible de ser comprendido”. El orden, además, pone de manifiesto otro de los componentes inmateriales de la materia: la finalidad con que ha sido diseñada. **Claude Bernard**, padre de la fisiología médica, solía decir que “no es temerario creer que el ojo está hecho para ver”. Orden y finalidad son, por tanto, cualidades metafísicas de la realidad física.

Que algo no sea captado por la investigación científica no significa que no exista. **Sócrates** reconoce que “si no tuviera huesos ni músculos no podría moverme, pero decir que ellos

son la causa de mis acciones me parece un gran absurdo”. El filósofo **Etienne Gilson** propone otro ejemplo certero: la explicación del movimiento de un viajero sentado en un tren puede hacerse en términos científicos que expresen la distancia, la velocidad, los materiales del tren y la energía que consume, pero todos esos datos no responden a una pregunta básica: ¿qué hace ese viajero en ese tren? Porque la verdadera respuesta es que desea viajar a París, y ello es verdad aunque ningún método científico nos permita adivinar esa intención.

Más allá de la física se sitúa también la única cuestión más importante que la propia vida: el sentido de la vida. El filósofo **Edmund Husserl**, padre de la fenomenología, dejó escrito:

La ciencia nada tiene que decir sobre la angustia de nuestra vida, pues excluye por principio las cuestiones más candentes para los hombres de nuestra desdichada época: las cuestiones sobre el sentido o sinsentido de la existencia humana.

No parece legítima, por tanto, la pretensión positivista de considerar como único objeto de conocimiento lo que se puede medir, contar, verificar y expresar numéricamente. Por fortuna, el prejuicio antimetafísico de Comte, heredado del empirismo inglés y de la Ilustración, ha sido felizmente superado por muchos de sus seguidores. Uno de los más ilustres, **Karl Popper**, advirtió que absolutizar el conocimiento científico desvirtúa la ciencia y la convierte en científicismo, en “materialismo promisorio”. Conviene recordarlo al constatar que el positivismo ha impregnado profundamente el pensamiento occidental, configurándolo con las tres características esenciales de toda ideología: cosmovisión materialista y anticristiana, ingeniería social y mesianismo utópico.

Evolucionismo radical

Nosotros, igual que todos los animales, somos máquinas creadas por nuestros genes.

Richard Dawkins

Se entiende por *evolución* la sucesión perfectiva de la especie, su desarrollo de menos a más complejidad biológica. Desde Darwin (1809-1882), la teoría evolucionista representa el más persistente intento de explicación de dicho proceso. Lo mismo que Newton revolucionó la física con sus *Principia Mathematica*, Darwin revolucionó el estudio de los seres vivos con *El origen de las especies*. Sin embargo, en sus páginas encontramos ideas contrarias a las que la opinión pública suele atribuir al autor. Por ejemplo:

La vida, con sus diferentes facultades, fue originariamente alentada por el Creador en unas cuantas formas o en una sola, y mientras este planeta ha ido girando sometido a la ley de la gravitación, se han desarrollado y se siguen desarrollando, a partir de un comienzo tan sencillo, infinidad de formas cada vez más bellas y maravillosas.

Traición a Darwin

Darwin también se refiere a “leyes impresas por el Creador en la materia” que hacen posible la evolución. Sin embargo, poco después de su muerte, evolucionistas radicales tergiversaron sus ideas hasta convertirlas en la gran alternativa atea al relato bíblico del Génesis. En esa línea, cuando en 1959 se celebró en Chicago el centenario de *El origen de las especies*, **Julian Huxley**, el orador más aplaudido, resumió perfectamente la esencia del **evolucionismo convertido en ideología**:

La Tierra no fue creada: evolucionó. Y lo mismo hicieron los animales y las plantas, al igual que el cuerpo humano, la mente, el alma y el cerebro.

Como un nuevo giro copernicano, la exclusión de la causalidad de Dios sobre el mundo tiene una inmensa importancia cultural. Ese empeño ideológico ha exigido la adhesión de miles de investigadores especializados, además de divulgadores profesionales capaces de conectar con el gran público: profesores y maestros, autores de libros de texto, guionistas de programas televisivos, ilustradores, diseñadores de museos...

Ese inmenso esfuerzo ha hecho del darwinismo una clave imprescindible de interpretación del ser humano, de la sociedad y de la historia, como resume Juan Luis Arsuaga: “El descubrimiento más asombroso de la humanidad es la evolución, y sin esa revelación no se puede entender nada del ser humano”.

Un conflicto artificial

Hoy, **Richard Dawkins**, uno de los evolucionistas más mediáticos, repite la tesis antireacionista de Julian Huxley. Darwin, por el contrario, les respondería que el Creador no sustituye a las causas naturales estudiadas por la Biología, ni se opone a ellas. Si el universo es un conjunto de seres que no tienen en sí mismos su razón de ser, necesariamente ha tenido que ser creado. Crear no es transformar algo, sino producir radicalmente ese algo. La evolución, en cambio, se ocupa del cambio de ciertos seres que previamente existen.

C. S. Lewis afirmaba, con fina ironía, que “todo el universo puede explicarse por un conjunto de leyes, salvo esas mismas leyes y salvo el mismo universo, lo cual constituye una notable excepción”. En el mismo sentido, **Chesterton** sostenía que, si negamos la creación, el universo se convierte en una gigantesca inundación que brota de ningún sitio.

Darwin entendió muy bien que la creación y la evolución no pueden entrar en conflicto, porque se mueven en dos planos y en dos cronologías diferentes. Su pretendida incompatibilidad es, por tanto, un falso problema. El evolucionista **Francisco J. Ayala**, Premio Templeton 2010, lo explica admirablemente:

Que una persona sea una criatura divina no es incompatible con el hecho de haber sido concebida en el seno de su madre y mantenerse y crecer por medio de alimentos. La evolución también puede ser considerada como un proceso natural a través del cual Dios trae las especies vivientes a la existencia de acuerdo con su plan.

Azar y finalidad

El evolucionismo ideológico también sustituye a Dios por el azar. Pero el axioma “todo efecto tiene una causa” no parece compatible con el azar. Por eso, nos deberíamos referir a él en sentido figurado, como si fuera una licencia intelectual para enfrentarnos a una causa tan compleja que nos resulta imposible identificar: cuando lanzamos una moneda al aire, no sale cara o cruz por azar, sino por el movimiento dado a la moneda, por la resistencia del aire y el tipo de superficie sobre la que cae: factores que nos resultan imposibles de medir con exactitud. Por eso hablamos de juegos de azar. Aristóteles lo expresó de forma insuperable cuando dijo que “el azar es una etiqueta para nuestra ignorancia”.

Podemos hablar del azar en el lenguaje coloquial, pero no en el científico, porque la ciencia se define precisamente como “conocimiento por causas”, y apelar al azar es una forma acientífica de prescindir de las causas. Tal vez, por excepción, podría surgir, al azar, un órgano de un ser vivo, pero no podemos convertir la excepción en ley, como pretenden algunos darwinistas.

Gordon Taylor, un convencido evolucionista, director

de los programas científicos televisivos de la BBC, solía contar el caso de los trilobites: pequeños artrópodos que poblaron los mares primitivos hace 500 millones de años, y que se extinguieron de repente dejando millones de fósiles. En 1973, al analizar sus ojos, se descubrió que habían resuelto por su cuenta problemas de óptica sumamente complejos. ¿Cómo recogieron la complicada información genética necesaria para construir esa estructura casi milagrosa? Todo parece obedecer –concluye Taylor– a un plan minucioso, y no al resultado de casualidades felices.

El misterio del ojo de los trilobites no es un caso aislado, sino un ejemplo entre muchos, y el plan minucioso, sugerido por Gordon Taylor, bien se puede aplicar a todo lo que parece responder a un fin: ojos para ver, alas para volar, aletas para nadar, pezuñas para galopar, pulmones para respirar...

La noción de finalidad es bien conocida por la Filosofía desde antiguo, pues la observación de la realidad física descubre a Pitágoras, a Heráclito y a los filósofos presocráticos la existencia de programas y pautas de actividad. La finalidad no es una noción científica –como tampoco lo son la libertad, la justicia o el amor–, pero su evidencia es apabullante y pone de manifiesto algo que hoy apenas escuchamos:

1. Que el conocimiento científico no abarca toda la realidad.
2. Que la verdad científica no es toda la verdad.
3. Que la racionalidad científica solo es un aspecto de la racionalidad humana.

Darwin nunca acabó de aceptar que una estructura tan compleja como el ojo hubiera evolucionado por acumulación casual de mutaciones favorables. Más explícito, el zoólogo evolucionista **Pierre Grassé** afirma que “la finalidad inmanente o esencial de los seres vivos se clasifica entre sus pro-

piedades originales. Y no se discute, se constata”. Pero es preciso entender que estamos ante una realidad tan evidente como suprabiológica. Esta evidencia de la finalidad –que en último término remite a un programa inteligente– es tan fuerte que consigue abrir grietas en el más compacto de los materialismos. Así, **Oparin**, el científico soviético que aventuró la hipótesis de los coacervados, reconoce que “Si no admitimos un plan preexistente o un tipo de causalidad exterior al sistema, el origen de la vida se topa con enormes dificultades”. Y **Rémy Chauvin**, discípulo de Grassé, da un paso más y dice a sus colegas: “No seamos hipócritas: todo programa supone un programador, y ninguna acrobacia dialéctica puede llevarnos a esquivar esta dificultad”.

Antony Flew y Francis Collins

La necesidad de ese programador es lo que provoca el giro radical del filósofo **Antony Flew** (1923-2010). Célebre por la solidez de su argumentación atea, Flew cambió de interpretación tras estudiar a fondo la bioquímica del ADN. En el último libro que escribió, *There is a God*, resume su nueva postura en una sugerente parábola.

Imaginemos –dice– que un teléfono móvil es depositado por las olas en la playa de una isla remota, habitada por una tribu que nunca ha tenido contacto con la civilización. Los nativos juegan con los números del teclado y, ante su sorpresa, escuchan diversas voces cuando marcan ciertas secuencias. Dan por supuesto que el aparato produce esas voces. Con el tiempo, algunos de los más listos, los científicos de la tribu, logran ensamblar una réplica exacta del móvil y vuelven a marcar los números. Al oír de nuevo las voces, la conclusión les parece obvia: esa peculiar combinación de cristales, metales y materiales plásticos produce algo que se parece de forma sorprendente a las voces humanas.

Entonces –prosigue Flew– el sabio de la tribu convoca a los científicos y les dice que, tras reflexionar mucho sobre el

asunto, ha llegado a otra conclusión: las voces que salen del teléfono pueden proceder de gente como ellos mismos, gente que está viva y habla en otras lenguas. Así que, en lugar de suponer que las voces son propiedades del aparato, deberían investigar la posibilidad de que, a través de alguna misteriosa forma de comunicación, hubiesen entrado en contacto con otros seres humanos. Quizá su investigación les lleve a una mejor comprensión del mundo más allá de su isla... Pero los científicos –que han desarmado y estudiado minuciosamente el teléfono– se limitan a reírse del sabio y le dicen: “Mira, si golpeamos el artilugio y lo estropeamos, las voces dejan de salir. Está claro que no son más que sonidos producidos por su rara combinación de litio, códigos de circuitos impresos y diodos parpadeantes”.

Esta parábola –concluye Flew– ilustra la ingenuidad con la que permitimos que teorías preconcebidas conformen nuestros datos, en lugar de dejar que los datos conformen nuestras teorías. Bastaría con pensar cómo el geocentrismo griego, con sus órbitas circulares y sus esferas concéntricas, fue el modelo cosmológico equivocado y vigente durante muchos siglos, hasta Copérnico y Kepler.

Flew comenta que ese tipo de prejuicio es un mal endémico del materialismo dogmático, aficionado a declarar que no debemos preguntar por qué existe el mundo: está ahí, y eso es todo. O que la vida surgió espontáneamente de la materia, por un feliz azar. O que las leyes de la Física surgen del vacío, y no hay más que hablar. “Parecen a primera vista argumentos racionales, con una autoridad que irradia de cierto tono solemne. Pero ese tono no es ninguna prueba de que sean racionales, y ni siquiera de que sean argumentos”.

La ideología evolucionista se centra especialmente en el ser humano: no hay libro de biología donde no aparezca un dibujo de simios y homínidos en procesión, con el Homo sapiens a la cabeza. Y esa sola imagen parece el argumento de-

finitivo que explicaría la evolución del mono al hombre. Pero no lo es en absoluto. Además de estar desmentido por la genética, lo único que puede explicar la enorme diferencia entre ambas especies no es la evolución, sino una revolución.

Darwin era naturalista, no filósofo ni teólogo. Aunque fue muy prudente en sus opiniones sobre el hombre, no pudo evitar que la hipótesis de la descendencia del mono se convirtiera en la bandera de un positivismo militante. Ciencia y fe eran incompatibles para muchos darwinistas que no entendían que el Dios de la Biblia bien podía ser también el Dios que había programado la evolución. **Francis Collins** , director del Proyecto Genoma Humano, darwinista y cristiano, niega esa supuesta incompatibilidad:

El Dios de la Biblia es también el Dios del genoma. Se le puede adorar en la catedral o en el laboratorio, porque su creación es majestuosa, sobrecogedora, complejísima y bella, y no puede estar en guerra consigo mismo. Solo nosotros, humanos imperfectos, podemos iniciar tales batallas. Y solo nosotros podemos terminarlas.

Liberalismo y capitalismo

A pesar de todas las contribuciones excesivas exigidas por el gobierno, el capital ha crecido insensiblemente y en silencio gracias a la economía privada y a la sabia conducta de los particulares, decididos a mejorar su nivel de vida a base de esfuerzo constante. Este esfuerzo, que actúa sin cesar bajo la protección de la ley, y que la libertad permite ejercitar en todos los sentidos, es el que ha sostenido la progresiva riqueza de Inglaterra a lo largo de su historia.

Adam Smith

La riqueza de las naciones

El origen del pensamiento liberal se remonta a la Europa que sufre las guerras de religión y propone como nuevos criterios de entendimiento la libertad de conciencia y la tolerancia. El diálogo razonable será, desde entonces, el procedimiento característico de toda comunidad que se defina como “liberal”.

Pronto, de la tolerancia religiosa se pasó a la política: a un Estado neutral no solo respecto a las creencias, sino también frente a las actividades privadas de los ciudadanos. Gracias a esa distinción entre el Estado y la sociedad, el liberalismo se convirtió en “el arte de separar lo público de lo privado” (Walzer).

En su *Historia de las ideas contemporáneas*, Mariano Fazio explica que el liberalismo político clásico se caracteriza también por ser una *teoría de los límites del Estado*, es decir, por proponer los medios que impiden al Estado la violación de los derechos de los particulares, en abierta crítica contra el absolutismo monárquico. Esos medios son bien conocidos:

- La representación política de los ciudadanos.

- La separación y limitación recíproca de los tres poderes políticos.
- El establecimiento de un estado de derecho que garantice la coexistencia pacífica de ciudadanos libres.

Entre la Iglesia y el Estado habrá también una separación efectiva. La antigua sanción divina de las leyes y de la autoridad va a ser sustituida por la sanción de la mayoría. La democracia como forma de gobierno será una consecuencia lógica, con un fundamento pre-político innegociable, como sostiene **Norberto Bobbio** :

El pensamiento liberal es la expresión, en sede política, del iusnaturalismo más maduro, pues se apoya en una ley precedente y superior al Estado, que otorga a los individuos derechos subjetivos, inalienables e imprescriptibles. En consecuencia, el Estado no puede violar esos derechos fundamentales, y si lo hace se convierte en despótico.

A la libertad religiosa y política se unió la económica. La libre competencia y la libre iniciativa deben operar sin más trabas que el marco constitucional. Las leyes del mercado – la *mano invisible* de **Adam Smith** – bastarán para satisfacer las necesidades materiales y aumentar la riqueza de forma constante. Implícita y explícitamente se afirma que el fin último de la actividad económica es el mayor beneficio posible, al que queda subordinada cualquier otra consideración. Semejante pretensión puso al liberalismo clásico en una encrucijada teórica y práctica: si no abandonaba la concepción absoluta de la libertad, corría el riesgo de llegar a un conflicto social permanente.

La Revolución industrial

¿Qué fue lo que sucedió? Cuando ese primer liberalismo económico –con su libre competencia no regulada– se asoció con el maquinismo, surgió el **capitalismo** . El barco y la

locomotora de vapor, la máquina de hilar y el telar mecánico, inventos del siglo XVIII, se implantan en el XIX y dan lugar a la Revolución industrial. En la nueva situación, el trabajo de cien artesanos lo realizará una máquina, de forma cien veces más rápida y más barata. Para no morir de hambre, tejedores, herreros, hilanderos y carpinteros estarán dispuestos a trabajar por un salario miserable. Así, la burguesía y el mundo obrero cobran por primera vez conciencia de su identidad social, en términos de lucha de clases. La huelga de las coaliciones obreras y el *lockout* de los patrones son las armas con las que se estrena el conflicto.

La libertad de mercado y la propiedad privada de los medios de producción son realidades positivas. Pero la ausencia de legislación económica y laboral facilitó la acumulación de mucha riqueza en pocas manos, con la aparición de un proletariado tan numeroso como pobre. En otras palabras: la disociación entre capital y trabajo llevó a la explotación del segundo por el primero, en una injusta relación de fuerza, no de derecho. Así, la primera Revolución Industrial condujo a la degradación de los antiguos artesanos y campesinos, convertidos en proletarios que sobreviven con un salario de hambre.

En Londres, durante los “hambrientos años 40”, el alemán **Karl Marx** escribía en sus *Manuscritos de Economía Política* : “El trabajo produce maravillas para los ricos, pero en el trabajador produce despojo. Produce palacios, pero para el obrero produce chozas. Produce belleza, pero para el obrero enfermedad. Alimenta el espíritu, pero al obrero le produce estupidez y cretinismo”.

¿Exageraba Marx? En 1891, el papa **León XIII** , en *Rerum Novarum* , se refería al problema obrero en estos términos: “Un número sumamente reducido de opulentos y adinerados ha impuesto poco menos que el yugo de la esclavitud a una muchedumbre infinita de proletarios”.

¿Exageraba León XIII? En 1854 se publica en Inglaterra la novela *Tiempos difíciles*. En sus páginas nos presenta **Dickens** una ciudad parecida a cientos de ciudades repartidas por Europa, Coketown. Está llena de máquinas y de altas chimeneas por las que salen interminables serpientes de humo. En su negra geografía urbana no faltan un negro canal y un maloliente río de aguas teñidas de púrpura. Sus gentes entran y salen de sus casas a idénticas horas, y se encaminan hacia idéntica ocupación en días que también se repiten año tras año...

Algo parecido sucedía en Estados Unidos. Desde finales del siglo XIX se estaban formando grandes *trusts* comerciales y financieros que concentraban en pocas manos una riqueza exorbitante. La justificación calvinista de la riqueza como signo exterior de elección divina fue reforzada por el darwinismo social de Herbert Spencer. La lucha por la existencia –venía a decir el filósofo inglés– no solo era natural sino saludable. La ley del más fuerte, vigente en la naturaleza, se convirtió en el evangelio del nuevo *businessman*.

Los problemas humanos de la industrialización se agravaron por sucesivas recesiones económicas y por una masiva inmigración de origen europeo, atraída con señuelos de fabulosas remuneraciones. Los desempleados, los emigrantes y sus familias fueron con frecuencia vejados por su mísero estado, engañados y utilizados sin escrúpulos como mano de obra barata. Formaban un ejército de desposeídos en busca de una Tierra Prometida que no existía. La situación se hizo trágica a raíz del hundimiento de la Bolsa de Nueva York en 1929, seguida por la Gran Depresión de los años treinta.

Betty Smith y **John Steinbeck** lo cuentan de forma inolvidable en dos novelas que recibieron el Premio Pulitzer: *Un árbol crece en Brooklin* y *Las uvas de la ira*. En la segunda, llevada magistralmente al cine por John Ford, asistimos al drama de la familia Joad, obligada a abandonar su casa y las

tierras que trabajaban como aparceros en Oklahoma. Steinbeck, al honrar la memoria de miles de familias injustamente desposeídas y maltratadas, reconoció que se puso a escribir “entristecido e indignado”, y que con su novela quiso “colocar la etiqueta de la vergüenza a los codiciosos cabrones que han causado esto”.

El liberalismo incipiente, lejos de resolver los problemas económicos y sociales, agravó las desigualdades. El capital reivindicaba para sí todo el rendimiento, dejando al trabajador apenas lo necesario para reparar sus fuerzas. **Charles Chaplin** denunció esa situación en una de sus mejores películas: *Tiempos modernos*. En su *Autobiografía* leemos que la idea surgió cuando un brillante periodista de Nueva York le contó “la terrible historia de una gran industria que atraía a los chicos sanos de las granjas, que después de cuatro o cinco años trabajando en ese sistema en cadena acababan con los nervios deshechos”.

John Dewey hace balance y reconoce, en voz baja, que “las creencias y los métodos del primer liberalismo se revelaron ineficaces para afrontar los problemas de organización e integración social”. Surgen así los **neoliberalismos**, con una nueva conciencia social que permite la intervención del Estado por medio de leyes reguladoras del mercado. Al mismo tiempo, el fracaso político y económico del nazismo, del fascismo y del comunismo puso de manifiesto la incapacidad de esas ideologías para gestionar la complejidad de las sociedades modernas.

La inevitable comparación es muy elocuente: las **democracias liberales** han sido capaces de instaurar, con sus matices, salvedades y contradicciones:

- El sufragio universal
- La separación de poderes y una justicia independiente

- Una administración neutral
- Protección de los Derechos humanos y tolerancia religiosa
- Libertad académica y de investigación científica
- Libertad de prensa, de empresa y de trabajo
- Protección de la propiedad privada y respeto de los contratos

El enfrentamiento entre los dos “bloques” duró lo suficiente para demostrar, de manera abrumadora, la superioridad de la economía de mercado. Esa enorme diferencia muestra también que no estamos ante ideologías comparables. El capitalismo liberal no tiene, como el comunismo, una acabada visión del mundo y un plan de ingeniería social. Es algo más simple y eficaz: una apuesta decidida por la libertad. Con defectos reales como los que ya hemos visto, concretados en las últimas décadas en legislaciones permisivas que favorecen el individualismo hedonista, entre cuyas manifestaciones encontramos la amplia aceptación social del aborto, del divorcio, de las drogas y de conductas sexuales que durante siglos fueron consideradas antinaturales.

El marxismo como ingeniería social

La última palabra de la ciencia social será siempre lucha o muerte, guerra sangrienta o nada.

Karl Marx

En mayo de 2018 se conmemoró en Tréveris el bicentenario del nacimiento de Marx. Jean-Claude Juncker, presidente de la Comisión Europea, afirmó entonces que el inspirador de las dictaduras marxistas fue un ciudadano europeo ejemplar. Sin embargo, el marxismo parece la antítesis de los valores sobre los que germinaron Europa y Occidente, y Marx tampoco vivió como un marxista ejemplar.

El joven Marx estudió Derecho, Historia y Filosofía en las universidades de Bonn y Berlín. Pensó que el motor de la historia era la economía, y se empeñó en “descubrir la ley económica que preside el desarrollo de la sociedad moderna”. Le tocó vivir el conflicto insostenible entre el proletariado y la burguesía capitalista. Las soluciones que se imaginaron fueron los **diversos socialismos** pacíficos, a los que Marx despreció como “utópicos”. Frente a ellos defendió su socialismo “científico”, supuestamente deducido de las supuestas leyes históricas y económicas que anunciaban la disolución del sistema capitalista.

La Historia como conspiración

Marx diagnosticó en el *Manifiesto Comunista* que –en todo el mundo y a lo largo de la historia– las injusticias, las violencias y las desigualdades económicas y sociales tenían su origen en la defensa y acumulación egoísta de los propios bienes. A continuación propuso cortar por lo sano, suprimir de raíz la propiedad privada y dejar todos los bienes en manos del Estado. Más adelante, el Estado se encargaría de

poner esos bienes en común. Así –en una nueva versión del optimismo ilustrado– surgiría la justa y pacífica **sociedad comunista sin clases** .

El *Manifiesto Comunista* , firmado por **Marx** y **Engels** , publicado en Londres en 1848, es uno de los escritos políticos que más han determinado la historia. Comparable, en ese sentido, a la *República* platónica, a *La ciudad de Dios* , *el Príncipe* y *El Contrato Social* . La experiencia periodística sirve a sus autores para redactar un texto vigoroso. Al mismo tiempo, su brevedad, su finalidad revolucionaria y su tono visceral lo convierten en un poderoso panfleto subversivo.

Desde el principio queda claro que el propósito inmediato de los comunistas es hacer que los proletarios tomen conciencia de clase social. Después vendrá “una revolución declarada, en la que el proletariado fundará su dominación por el derrumbamiento violento de la burguesía”.

En su interpretación dialéctica de la historia, Marx y Engels ven la lucha de clases como ley constante, que enfrenta siempre a oprimidos y opresores. Dentro de esa lectura, el capitalismo burgués “produce sus propios sepultureros”, pues “su caída y la victoria del proletariado son inevitables”. No es difícil ver que la violencia de la lucha de clases está en el polo opuesto del ideal de la verdadera política: el bien común entendido como concordia, bienestar material y primacía de los valores.

El comunismo prometía una imprecisa Edad de Oro situada en un futuro no muy claro. Heredaba el intento ilustrado de instaurar el reino de la razón, pero desde el primer momento –con **Lenin** y la revolución bolchevique– se impuso un descoyuntamiento social y político que trastornó la historia del siglo XX. Lenin amordazó a la prensa dos días después de tomar el poder en Rusia, en octubre de 1917. Antes de terminar el año había creado los Tribunales Revolucionarios.

rios, que en 1918 alcanzaron una media de mil ejecuciones al mes, solo por delitos políticos. Ese mismo año, en enero, empezaron a llenarse los primeros campos de trabajo, que con Stalin se transformarían en el Archipiélago GULAG, con 10 millones de presos como mano de obra esclava. En 1920, la nueva policía política contaba con 250.000 miembros, frente a los 15.000 que habían trabajado para el último zar.

Marx no firmó ninguna sentencia de muerte, pero nadie libre de prejuicios puede leer sus cartas y escritos sin apreciar una extraordinaria violencia. Su amenaza preferida era *¡te liquidaré!* Muchos pasajes de sus obras parecen haber sido escritos durante un ataque de rabia. Sus más estrechos colaboradores tuvieron claro que cualquier régimen marxista sería una dictadura personal sostenida por la fuerza y el terror.

Karl Popper ha explicado con detalle que el comunismo marxista reinó sin piedad en el Este de Europa y en la Unión Soviética, “apoyado en un arsenal de mentiras”. Y que se trata de una ideología que no entiende la política como servicio al bien común, sino como conspiración permanente. Por eso, derechos y libertades, democracia y justicia, son en su boca pura retórica, palabras imprescindibles –pero solo palabras– para enmascarar su único objetivo: el asalto al poder y la violencia totalitaria. Tres ejemplos, entre muchos posibles:

1. En la película *The killing fields* (*Los gritos del silencio*), **Roland Joffé** reproduce fielmente el ambiente infernal de la revolución comunista que sufrió Camboya bajo el Khmer Rojo, en los años ochenta del siglo XX.
2. **Ernesto Sabato**, preguntado por un periodista sobre su afiliación en su juventud al Partido Comunista, responde que lo consideraba una obligación

moral. A la pregunta siguiente –por qué rompió poco más tarde con el Partido– Sabato responderá lo mismo: era una obligación moral no ser cómplice de una gigantesca mentira.

3. Su “vecino”, el venezolano **Hugo Chávez**, en una entrevista realizada justo antes de llegar al poder, sonriente y perfectamente trajeado, sin uniforme militar ni chándal chillón, calmaba los miedos de la audiencia afirmando que él no era socialista ni tenía deseo “de expropiar o nacionalizar absolutamente nada” y que, “lejos de ser un violento y un dictador”, se consideraba un “demócrata”, “dispuesto a devolver el poder a los cinco años”. Así engañada, una Venezuela harta de corrupción y en profunda crisis económica, se entregaba pocos días después en manos de quien implantaría una dictadura de facto, reduciría el país a la pobreza, desataría la violencia y llevaría la corrupción a cotas escandalosas.

Veinte años más tarde, **Nicolás Maduro** y los chavistas seguían aferrados al poder mientras los venezolanos pasaban hambre y morían por falta de medicinas; mientras la policía del régimen disparaba a manifestantes y encarcelaba y torturaba a los opositores. Si en España, en el año 2017 se produjeron 300 asesinatos y el 90% se resolvió en menos de tres meses, en la Venezuela de Maduro hubo el mismo año 20.000 asesinatos, y el 90% quedó sin resolver.

Marx demostró ser mucho más utópico que los ilustrados. Prueba de ello es la ambigüedad y el descalabro de todos los proyectos que el comunismo ha llevado a cabo. En los países capitalistas los proletarios no se han empobrecido, ni ha triunfado la lucha de clases, sino la negociación parlamentaria. En cambio, el comunismo se impuso por la fuerza en países agrarios y atrasados como Rusia, China, Camboya o

Cuba, y en ellos tampoco surgió la prometida democracia proletaria, sino fortísimas dictaduras de partido único.

Es verdad que el marxismo despertó la conciencia occidental contra las injusticias sociales. Pero después de despertarla, la envenenó. Es del mismo Marx esta consigna irresponsable: “La última palabra de la ciencia social será siempre lucha o muerte, guerra sangrienta o nada”. Con la misma violencia verbal acusará a la religión de ser *el opio del pueblo*, y hará suya la profesión de fe de Prometeo: odio a todos los dioses.

Tras la caída del Muro y la disolución del bloque soviético, **Richard Pipes** sostiene que “el comunismo tiene historia, pero no futuro”. Otros analistas piensan que no solo no ha muerto, sino que ha vuelto, y que pervive gracias al acta de defunción que muchos historiadores han extendido sobre él, un certificado que le permite ser tratado como lo que no es: cadáver exquisito y mero objeto de estudio.

El triunfo de la propaganda

¿Por qué la Rusia soviética y la China de Mao no han tenido su juicio de Nuremberg, como la Alemania nazi? Entre otras razones, porque sus asesinatos nunca se contaron en tiempo real, sino décadas más tarde, y por la demonización inmediata de toda crítica. Hay que reconocer que el comunismo supo, desde sus orígenes, ganar la batalla de la opinión pública y ser acogido con sorprendente benevolencia entre las élites intelectuales de Europa. **Sartre** llegó a decir que “un anticomunista es un perro”. **Bernard Shaw** elogió públicamente a Stalin y, después de una gira por la URSS, rechazó con rotundidad las denuncias de crímenes que eran no menos rotundamente ciertas. **Bertolt Brecht** no veía irregularidades en juicios que escenificaban una farsa completa. **Erns Bloch** justificó aquellas macabras parodias de la justicia y sus sentencias. Un primer ministro francés desmentía la existencia de hambre en Ucrania cuando allí morían por

esa causa diez millones de ucranianos. **Thomas Mann** calificó el anticomunismo como “la mayor idiotez de nuestro tiempo”. Y casi toda la intelectualidad europea se tragó aquello de que “quien está contra la URSS está con el fascismo o la opresión burguesa”.

¿Cómo fue posible semejante silenciamiento y manipulación? La Internacional Comunista, después Komintern, supo formar una auténtica legión de creadores de opinión: artistas, periodistas, novelistas, actores, dramaturgos... Dicen que Lenin detestaba a esa gente y los hubiera fusilado a todos, pero **Stalin** supo aprovechar la enorme potencialidad de los intelectuales de izquierdas, evitando a toda costa que se los etiquetase como comunistas, pues eran más útiles si se les tenía por “independientes”. El efecto final era identificar el estalinismo con los valores más preciados de la cultura progresista occidental, y hacer sentir que era parte imprescindible de una vida ilustrada. Este sentimiento podía ser adictivo.

Se entrenaba a los agentes para que entraran en la vida de los intelectuales. A los verdaderamente importantes se les asignaban amigos íntimos, amantes e incluso cónyuges. La historiadora **Nina Berberova** habla de “las damas del Kremlin”, entre las que sobresalen la baronesa Moura Budberg, amante de Gorki y de Wells, y la princesa Maria Paulova, esposa de Romain Rolland.

Willi Münzenberg, personalidad extraordinaria, hombre orquesta de la propaganda stalinista, organizó toda una multinacional de la desinformación, con editoriales, periódicos, revistas, librerías, clubs del libro, radios, compañías de teatro y productoras de cine en todo el mundo. En Japón, por poner como ejemplo un país remoto, Münzenberg controlaba una veintena de revistas y periódicos, y financiaba teatro de vanguardia. Su poderosa organización se llamaba Ayuda Internacional Obrera (IWA), y era conocida en la

jerga del Partido como “el Grupo Münzemberg”. La apasionante historia de Willi Münzemberg y la IWA la cuentan **Koestler** en *La escritura invisible* y **Stephen Koch** en *El fin de la inocencia*.

Gramsci y la Escuela de Frankfurt

El marxismo había hecho músculo contra un enemigo concreto, la plutocracia capitalista, en defensa de un numeroso grupo de oprimidos. Pero sucedió que el siglo XX desmintió las profecías apocalípticas de Marx y que el proletariado, en lugar de depauperarse más y más, empezó a vivir mejor, a prosperar, a tener cosas. Después, la caída del Muro permitió ver lo que había al otro lado, y nunca las comparaciones resultaron tan odiosas. Entonces la izquierda necesitó reinventarse y tuvo la luminosa idea de buscar nuevos proletarios, es decir, nuevos grupos a los que aplicar el simplista esquema opresor/oprimido. Y encontraron media docena, como veremos en los capítulos siguientes:

- Las mujeres con respecto a los hombres
- Cualquier raza con respecto a la blanca
- Los nativos contra los colonizadores
- Los inmigrantes contra los nativos
- Los homosexuales contra los heterosexuales
- La Madre Tierra contra el ser humano

Si la lucha violenta de clases resultaba impensable en las principales democracias del mundo, la confrontación de ideas formaba parte de su esencia democrática. **Gramsci** y la **Escuela de Frankfurt** aprovecharon esa libertad de expresión para extender y consolidar el marxismo cultural, gracias a una labor capilar en escuelas, universidades y medios de comunicación. Se propusieron torpedear y desmantelar toda una visión milenaria de la vida, en cuyo centro es-

taban las virtudes de Grecia y Roma, la ley natural y la familia, Dios y sus mandamientos. Hay que reconocer que consiguieron su objetivo: todas las ideologías del siglo XX han sido inspiradas y promovidas en mayor o menor medida por el marxismo, y esa victoria cultural explica, en parte, el extraño “indulto moral” que sigue disfrutando.

Aunque el marxismo económico había fracasado y terminó con la caída del muro de Berlín, el marxismo cultural había triunfado como contracultura y contramoral. **Gramsci**, uno de los fundadores del Partido Comunista Italiano en 1921, explicó en sus *Cuadernos de la cárcel* que el marxismo debía sustituir la violencia por las ideas. Fue lo que hicieron los principales pensadores de la **Escuela de Frankfurt**: Horkheimer, Adorno, Marcuse y Erich Fromm. Eran alemanes neomarxistas, freudianos y judíos que se salvaron de la persecución nazi huyendo a Estados Unidos. Allí, desde la Frankfurt School de Nueva York, difundieron un freudomarxismo concretado en la libertad sexual, el feminismo radical, la homosexualidad, el aborto y el divorcio. Se diría que la conocida crítica de Voltaire a Rousseau fue formulada para ellos: Nunca tanta inteligencia se malgastó en causas tan inhumanas.

En su demolición de la cultura occidental, el marxismo socavó los cimientos, arrojando sombras de vergüenza e infamia sobre el pasado. La demonización de los grandes exploradores y conquistadores de América fue absoluta. Colón fue acusado de introducir la esclavitud en el Nuevo Mundo. La derrota y conversión de los aztecas se presentó como un genocidio contra gentes pacíficas, aunque el mexicano Octavio Paz los haya visto como un pueblo solo comparable a los asirios en crueldad satánica. Tampoco se salvaron los fundadores de los Estados Unidos, repudiados como esclavistas. La denigración se extendió, por supuesto, a todo el que osaba discrepar de esa visión de la historia, que de inmediato era

descalificado como fanático o fascista. Lo explica **María Elvira Roca Barea** , de forma concluyente, en *Imperiofobia y Leyenda Negra* .

Para los historiadores, el comunismo marxista es un fenómeno fascinante. Para la media humanidad que lo ha sufrido en sus carnes, ha sido una tragedia de proporciones difíciles de describir, certeramente evaluada por **Pierre Chaunu** como “la mayor empresa carcelaria de la humanidad”. Entre la bibliografía oceánica e inabarcable, nos parecen imprescindibles el *Libro negro del comunismo* y *Archipiélago Gulag* .

GULAG es el acrónimo de la Dirección General de Campos de Trabajo en la antigua Unión Soviética, con todo lo que lleva asociada esa «tritadora de carne»: detenciones, interrogatorios, transporte en vehículos de ganado, trabajo forzoso, destrucción de familias, años perdidos, muertes prematuras e injustas... La palabra GULAG solo fue conocida en Occidente tras la publicación en 1973 de *Archipiélago Gulag* , obra que valió el Premio Nobel de Literatura a su autor, **Alexander Solzhenitsyn** . Hasta esa fecha, los comunistas de todo el mundo eran indulgentes con la dictadura del proletariado. Solo entonces se vieron forzados a reconocer el infierno de la verdad.

Pocas veces un libro ha causado tanto impacto y dolor como este texto largo, estepario, demoledor y justo. Se acusó a Solzhenitsyn de contrarrevolucionario, pero en aquel fresco de horrores la sangre estaba fresca. Quienes habían entregado su vida a la causa comunista, descubrieron que una policía sanguinaria había sembrado de campos de concentración el paraíso del proletariado. Por las páginas del libro cruzaban caravanas de esclavos, riadas de prisioneros. No solo trotskistas y espías, sino los mejores bolcheviques, los comisarios, los maestros, los soldados y los héroes de guerra. Solzhenitsyn –escribe Raúl del Pozo–, con su escritura terrible y hermosa, de honda raíz religiosa, ha hecho más antico-

munistas que toda la CIA.

Mao y el comunismo chino

No podemos olvidar al comunismo chino. Tras la muerte de **Mao** (1976), mientras la propia cúpula comunista ponía al descubierto el oscuro balance del maoísmo, el *Diario del Pueblo* pidió disculpas a sus lectores por “todas las mentiras y tergiversaciones” que publicó en el pasado. En su *Breviario de saberes inútiles*, escribe **Simon Leys** :

Cuando Mao visitó Moscú en 1957, declaró que no había que tener miedo a una guerra atómica porque, si se producía, solo perecería la mitad de la especie humana. Esta notable afirmación proporcionó una buena muestra de la mente que había de concebir el “Gran Salto Adelante” y la “Revolución cultural”. El coste humano de estas aventuras fue abrumador: las hambrunas que resultaron del Gran Salto (...) pudieron haberse tragado hasta cincuenta millones de víctimas, y la violencia de la Revolución Cultural afectó a cien millones de personas.

Leys habla de purgas sangrientas, detenciones al azar, torturas y ejecuciones; hambrunas; mala dirección industrial; problemas endémicos de desempleo, hambre y delincuencia; estancamiento y retroceso del nivel de vida en el campo; corrupción de los cuadros; ruina del sistema educativo; parálisis y muerte de la vida cultural; destrucción a gran escala del entorno natural; farsa de los modelos agrícolas y de la medicina maoísta... Al final, con un circunloquio benévolo, Leys resume el gobierno de Mao como un régimen que consiguió matar a más ciudadanos chinos inocentes, en veinticinco años de paz, que todas las tropas imperialistas extranjeras durante cien años de agresión endémica.

El Gran Timonel había resumido muy bien su estrategia: “El poder nace de la boca de los fusiles”. Esa tosquedad bru-

tal se aplicó contra los estudiantes que quisieron tener su *mayo del 68* parisino en el Pekín del 89. La agitación a favor de una reforma democrática congregó a una vasta multitud en la enorme y céntrica plaza de Tiananmen, donde se estableció una especie de semicampamento desde el 15 de abril hasta el 4 de junio. El Gobierno declaró la ley marcial el 20 de mayo, y en la noche del 3 de junio envió los carros de combate y la infantería. Hubo una masacre de la que nunca se dieron cifras oficiales, pero en 2017 el gobierno británico desclasificó un telegrama de Alan Donald, su embajador entonces, en el que aseguraba que el número de civiles muertos ascendía a diez mil.

En 2010, la concesión del Premio Nobel de la Paz puso en el punto de mira del mundo entero al disidente **Liu Xiaobo**. Nacido en 1955, pertenecía a la auténtica generación de los “hijos de Mao”. Cursó estudios de literatura china y, como profesor universitario, se ganó una merecida reputación de *enfant terrible*. El gran giro en su evolución se produjo a raíz de Tiananmen. Allí fue detenido, y liberado dos años más tarde sin juicio. La universidad le despidió y se le prohibió publicar o dar charlas públicas en cualquier lugar del país. “Internet es un don de Dios para China”, diría por entonces, y lo aprovechó para labrarse un sólido prestigio como “libre, vibrante y prolífico comentarista de los problemas culturales, sociales y políticos de China” (Leys). En 2009 fue condenado a 11 años de cárcel, y en prisión moriría en 2017 a causa de un cáncer hepático. La disidencia que le privó de libertad queda reflejada en párrafos de este estilo:

En China, la mafia y el Partido se compenetran estrechamente, formando una sola y misma cosa: los elementos criminales han adquirido un estatuto oficial (convirtiéndose en diputados de la Asamblea Nacional Popular, o en miembros de la Conferencia Consultiva Popular), mientras que los oficiales se han vuelto criminales (se

apoyan en la mafia para mantener el orden en las colectividades locales).

Una última reflexión nos parece necesaria para cerrar este capítulo. A las personas y sociedades desinformadas o inocentes les resulta muy difícil comprender la descarnada amoralidad del marxismo. La inmensa mayoría de la gente no es perversa, y por eso a la inmensa mayoría le cuesta creer que haya dictaduras que solo generan violencia, mentira y pobreza, al tiempo que destruyen la libertad, la paz, la verdad y el progreso. El objetivo del comunismo marxista – explica el economista y empresario **Fernando del Pino** – no es que un país prospere, sino obtener y mantener el poder absoluto. Para lograrlo procura el empobrecimiento del país. La táctica es perfecta, porque el empobrecimiento general:

- provoca descontento general
- genera dependencia del Estado
- y alimenta una agitación social que permite acceder al poder

Churchill , que no estaba desinformado y había perdido muy pronto la inocencia, escribía que “forma parte del manual de instrucciones de Lenin que los comunistas deben ayudar a conseguir el poder a los gobiernos socialistas débiles, para después debilitarlos más y arrebatárles el poder absoluto”. Lenin también recomendaba “máxima flexibilidad táctica” a la hora de aliarse con todas las fuerzas subversivas posibles, para alcanzar el poder sin el irritante requisito de tener que obtener una mayoría de votos.

Históricamente, el marxismo-leninismo ha consolidado su poder con tres medidas de corte totalitario.

- La primera es el monopolio de la información y la propaganda, cerrando, intimidando o controlando los medios de comunicación.

- La segunda es el control de las armas. Para conseguirlo, debilita al Ejército y a los cuerpos policiales, infiltrando su cadena de mando y privándoles de medios; crea nuevos cuerpos policiales o paramilitares, y “arma al pueblo” para que sus afines se conviertan en milicias organizadas.
- El tercer paso es el control del dinero. Ello exige mandar sobre el Banco Central para poder imprimir moneda y financiar un gasto público desmesurado. Así se gana popularidad antes de que las tiendas queden desabastecidas, el desempleo aumente, la inflación se dispare y la economía se hunda. Cuando el pueblo descubre el engaño ya es tarde para escapar de la trampa, pues las instituciones han perdido su independencia, las garantías legales se han esfumado, las calles están controladas por las milicias del régimen, los opositores están amedrentados, encarcelados o en el exilio, y las votaciones son una farsa.

8.

Los nacionalismos

Nuestro pueblo debe ser deliberada y sistemáticamente educado en un nacionalismo fanático.

Adolf Hitler

Mis primeras relaciones con las autoridades británicas no tuvieron nada de agradables. Descubrí que por ser indio no tenía ningún derecho.

Gandhi

Amar a la patria es de bien nacidos, una obligación de justicia. La tierra donde se nace –con su historia, su lengua, su cultura y sus tradiciones– debe ser respetada, querida y defendida. Pero no debe ser absolutizada o sacralizada. En ese grave error cae el nacionalismo, una ideología que ha crecido vigorosamente desde los tiempos del romanticismo.

Colonialismo e imperialismo

Por ser un término ambiguo, la valoración justa del nacionalismo depende del significado que se le otorgue, de su concepto de nación y de la modalidad que adopte. Aquí nos referiremos a su acepción más extendida: un orgullo nacional radicalizado. En el último tramo del siglo XIX, ese insano sentimiento inició entre las naciones más poderosas una carrera hacia la hegemonía mundial. La superioridad de la raza blanca y de su cultura parecía fuera de discusión. Con ese convencimiento se colonizó gran parte del mundo, como una cruzada secular para difundir los valores de la cultura occidental.

Las colonias y los imperios existen desde hace miles de años, pero los términos *colonialismo* e *imperialismo* se aplican propiamente a dos consecuencias lógicas del nacionalismo. Ambos definen la expansión extracontinental de las po-

tencias europeas, durante el último tercio del siglo XIX y la primera mitad del XX. En 1916 apareció *El imperialismo, etapa suprema del capitalismo*. En ese ensayo, **Lenin**, fiel al simplismo interpretativo del marxismo, explicaba el nuevo y complejo fenómeno como una perversa conspiración capitalista. Sin embargo, la realidad concreta no se ajustaba a su teoría, y la Rusia comunista iba a caer pronto en esa perversión.

Las causas económicas son innegables, pero no se podría comprender el fenómeno del colonialismo sin el atractivo de intangibles como el prestigio. Y es que la transformación de las grandes potencias europeas en potencias mundiales fue empujada por exigencias de imagen. En *Tiempos modernos*, **Paul Johnson** afirma que el colonialismo fue un fenómeno acentuadamente visual. Abundaba en banderas, uniformes exóticos, ceremonias espléndidas, salvas de artillería al atardecer, sellos conmemorativos y, sobre todo, mapas de colores. Sobre un mapamundi se apreciaba que el imperio inglés se extendía sobre un territorio 120 veces mayor que la metrópoli; que en ese territorio vivía la cuarta parte de la población del mundo; y que la flota británica dominaba los cinco océanos.

En los mapas parecía que el colonialismo había cambiado el mundo. Sobre el terreno –explica Johnson– era un fenómeno engañoso, pues ejercía escasa influencia y de hecho cambió pocas cosas. Si se impuso con facilidad, desapareció con la misma facilidad. Pocos murieron para crearlo o para destruirlo. Aceleró y al mismo tiempo retrasó –de manera marginal en ambos casos– la aparición de un sistema económico mundial, que habría nacido igualmente aunque los europeos no hubieran ocupado una sola hectárea de Asia o África.

Junto al prestigio había un segundo intangible: la pretendida superioridad de la raza blanca confería el derecho de

aprovechar los recursos que otras razas eran incapaces de explotar. El colonialismo se veía a sí mismo como una empresa bienhechora, casi como un sagrado deber del hombre blanco. “El deber de los pueblos modernos es no abandonar la mitad del mundo a hombres ignorantes e impotentes”, decía Paul Leroy. Jules Ferry defendía que “Las razas superiores tienen un derecho frente a las razas inferiores”. Y **Bernard Shaw** opinaba que, si los chinos eran incapaces de establecer en su país las conquistas de la civilización, era deber de los europeos reemplazarlos. Toda la mentalidad de la época apoyaba la empresa colonial, y la juzgaba gloriosa y benéfica. “Después de la Providencia, es la Gran Bretaña la mayor fuerza bienhechora del universo”, proclamaba lord Curzon.

Dos guerras mundiales

Si el pecado europeo del siglo XIX es el colonialismo, el pecado del siglo XX será el odio mutuo. La consideración de la nación como un absoluto, y la consiguiente negación de los derechos de otras naciones, desencadenará la Primera Guerra Mundial. Cuarenta años de paz habían llevado a pensar que la civilización occidental había desterrado definitivamente la guerra, igual que la tortura, la esclavitud o la peste. Además, los grandes circuitos económicos y la fe en el progreso favorecían las buenas relaciones internacionales. Una guerra, repetían los británicos, sería siempre un mal negocio.

Sin embargo, los mismos intereses que habían propiciado la paz provocaron el espejismo de un conflicto armado que, en caso de ganarse, produciría inmensos beneficios. Así pensaban principalmente los alemanes, protagonistas de un prodigioso desarrollo industrial. Hacia 1900, El Kaiser **Guillermo II**, con su ambicioso programa de construcciones navales, rompió el pacto tácito que dejaba al *Reich* la hegemonía continental y al Imperio británico el dominio de los mares.

Bastó que saltara una chispa en Sarajevo para que se precipitaran los hechos. Al invadir Bélgica y Francia, Alemania provocó la declaración de guerra de Londres. Era el verano de 1914.

Ada Jones , periodista en Fleet Street, constata que la atmósfera, tanto en Francia como en Inglaterra, era de “un febril optimismo y una casi fanática convicción del triunfo”. Lo mismo sucedía en el otro bando. Ernst Jünger se alistó con la misma euforia que varios millones de compatriotas alemanes.

Éramos muy jóvenes. Abandonábamos contentos las aulas universitarias, las herramientas de los talleres, las granjas, los cines, los estadios... Partimos hacia el frente como a un alegre concurso de tiro. Todo menos quedarnos en casa. Atravesábamos pueblos y ciudades bajo lluvias de flores y vítores. La guerra nos prometía experiencias grandes, únicas, magníficas.

Los respectivos Gobiernos se encargaron de inyectar espíritu patriótico a todos los actos públicos. Los teatros ofrecían espectáculos en los que el soldado era retratado como un héroe, rodeado de hermosas bailarinas. En Gran Bretaña, grandes oradores, con **Rudyard Kipling** a la cabeza, supieron avivar la nostalgia imperialista. Las oficinas de reclutamiento se vieron desbordadas por voluntarios de todo tipo, que exigían que se les enviara a Francia cuanto antes para “tomar parte”.

La tragedia no se hizo esperar. Y tuvo incontables episodios. Cinco meses duró el aquelarre en torno al río Somme, en el noreste de Francia. Cuando concluyó la batalla y se recontaron 420.000 bajas entre los británicos, la desproporción pareció evidente. El joven **Tolkien** , testigo de la hecatombe, juzgó “escalofriante el profundo y estúpido desperdicio de la guerra, no solo material, sino también moral y espiritual”. El único hijo de Kipling, alistado sin ninguna expe-

riencia en combate, murió el día que cumplió dieciocho años. Su padre, autor de *El Libro de la Selva*, quedó marcado para siempre y escribió *If*, un demoledor poema de dos versos:

Si alguien te pregunta por qué todos murieron,
Dales esta repuesta: nuestros padres mintieron.

En 1918, el soldado británico **Wilfred Owen** escribió en el frente, días antes de morir, esta *Parábola del anciano y del joven* :

Entonces Abraham se levantó y cruzó los bosques.

Llevó consigo fuego y un cuchillo.

Y mientras ambos caminaban juntos,

le preguntó Isaac, el primogénito:

«Padre, veo que llevas hierro y fuego,
pero ¿el cordero para el sacrificio?».

Abraham ató al joven con cordajes
y construyó trincheras, barricadas...

Al sacar su cuchillo, de repente,
un ángel le avisó desde el Cielo:

«Retira ya tu mano del muchacho,
no le hagas ningún daño. Hay un carnero
enredado por los cuernos en ese arbusto;
ofrécelo mejor en sacrificio».

Pero el viejo rehusó, mató a su hijo y, después,
uno a uno, a todos los jóvenes de Europa.

Además de millones de muertos y heridos, ambos bandos padecieron el hundimiento moral que afectó a sus países. Una degradación, en palabras de **Churchill**, inimaginable y sin precedentes, porque todos los horrores se precipitaron sobre los ejércitos y sobre poblaciones enteras. El Secretario de Estado para la Guerra fue explícito en una hoja con mem-

brete de la Oficina de Guerra, donde escribió que las naciones más civilizadas, conscientes de que estaba en juego su existencia misma, no pusieron límites a lo que podía ayudarles a vencer. Si Alemania desató las fuerzas infernales, las naciones contrarias la imitaron paso a paso. Todas las violaciones del Derecho internacional fueron contestadas con represalias peores. Naves neutrales, buques mercantes y barcos hospitales fueron hundidos en el mar, y abandonados a su destino los que iban a bordo. Las bombas cayeron desde el aire de forma indiscriminada. Muchos tipos de gas venenoso asfixiaron o dañaron de forma irreparable a los soldados. El canibalismo fue la única perversión a la que no recurrieron los Estados civilizados, porque su utilidad era dudosa.

No hace falta decir que el prestigio de Europa cayó por los suelos con la Gran Guerra. Ante los pueblos colonizados, una civilización orgullosa de su superioridad dedicó cinco años a masacrarse salvajemente. Entonces se disparó la crítica, apoyada en datos irrefutables. En 1940, solo el 3 por ciento de los marroquíes asistía a la escuela. En 1952 había solamente 25 médicos marroquíes, de los cuales 14 pertenecían a la comunidad judía. En 1958 solo 1.500 jóvenes estaban matriculados en educación secundaria. En Costa de Marfil, las cuadrillas de trabajo estaban formadas por “esqueletos cubiertos de llagas”. Antonelli, gobernador del África ecuatorial francesa, reconoció que la construcción del ferrocarril Congo-Océano “requeriría 10.000 muertes”. La cifra real fue superior.

Volvamos a Europa. **Hitler** escribió que “la nación es la síntesis suprema de todos los valores materiales y espirituales de la raza”. Por eso el alemán no debía mezclar su sangre aria con la de razas inferiores. Por eso debía practicar la eugenesia, el expansionismo exterior y la eliminación sistemática de millones de judíos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el saldo trágico de los nacionalismos es certeramente resumido por el escritor vienés **Stefan Zweig** (1881-1942). A las primeras páginas de sus memorias, tituladas *El mundo de ayer*, pertenecen estas líneas:

He sido testigo de la más horrible derrota de la razón y del más enfervorizado triunfo de la brutalidad de cuantos caben en la crónica del tiempo. Nunca, jamás (y no lo digo con orgullo, sino con vergüenza) sufrió una generación tal hecatombe moral, y de tamaña altura espiritual, como la que ha vivido la nuestra.

He visto nacer y expandirse ante mis propios ojos las grandes ideologías de masas: el fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en Alemania, el bolchevismo en Rusia y, sobre todo, la peor de todas las pestes: el nacionalismo, que envenena la flor de nuestra cultura europea.

Los nacionalismos europeos sustituyeron las guerras de religión por las guerras nacionales, que a veces han sido conflictos ridículamente tribales. Esa conflictividad no desapareció tras la Segunda Guerra Mundial. Su argumento medular afirma que unas personas son superiores a otras, algo ciertamente prehistórico y execrable. Por alimentarse de la confrontación y la violencia, los nacionalismos resultaron y siguen resultando insoportables para los pueblos que los sufren, también cuando practican esa otra modalidad de guerra imprevisible llamada *terrorismo*, donde la didáctica de la muerte se revela tan perversa como eficaz: se asesina a uno para atemorizar a un millón, porque la posibilidad de ser víctima de un tiro en la nuca o de una bomba segrega un miedo que simplemente no deja vivir.

En la España de 2019, el primer día del juicio contra los políticos catalanes independentistas, el periodista **Arcadi Espada** les imputaba “el roto incurable de la convivencia en Cataluña. La incalculable malversación de dinero y de tiem-

po públicos. La erosión de la democracia española, es decir, de los derechos de los españoles, a la que se dedicaron de modo sonriente y sostenido”.

Entre la amplia y valiosa filmografía sobre guerras y conflictos nacionalistas, tres películas ayudan a comprender los aspectos abordados en estas páginas: *Gandhi* , *Sophie Scholl* y *Katyn* .

Nietzsche, Freud y la revolución sexual

Habría que asociar con la mala conciencia todo lo que se oponga a los instintos, a nuestra animalidad natural.

Nietzsche

Tenemos que hacer de la teoría sexual un dogma, una fortaleza inexpugnable.

Freud

La mezcla inseparable de razón y deseo constituye al ser humano. Una mezcla explosiva y altamente inestable cuyo control ha pertenecido históricamente a la razón. El hedonismo es la negación de esa función rectora. Tan fácil de vivir como difícil de justificar. Ni siquiera Epicuro se atrevió a llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Para llegar a esa justificación hubo que esperar al siglo XX, a la alianza entre Nietzsche, Freud, el marxismo y el feminismo. De ella surgirá un producto ideológico que se desarrolla a lo largo de todo el siglo XX. Uno de sus efectos más visibles es la llamada *revolución sexual*.

El Superhombre

Nietzsche muere en 1900, después de haber dedicado su vida a rechazar el deber moral, denigrar el cristianismo y defender una autonomía moral absoluta: “Existe un feroz dragón llamado *tú debes*, pero contra él arroja el Superhombre las palabras *yo quiero*”. Por su irracionalismo rompedor se ha dicho que Nietzsche es un filósofo para adolescentes, pero es mucho más.

Durante demasiado tiempo, el hombre ha contemplado con malos ojos sus inclinaciones naturales, de modo que han acabado por asociarse con la mala conciencia. Habría que intentar lo contrario, es decir, asociar con la

mala conciencia todo lo que se oponga a los instintos, a nuestra animalidad natural.

Lograr esa inversión de valores y enterrar el deber moral requiere negar su fundamento divino. Nietzsche no duda en decretar la muerte de Dios, consciente de que ese acontecimiento dividirá la historia de la humanidad:

Cualquiera que nazca después de nosotros pertenecerá a una historia más alta que ninguna de las anteriores. Ahora es cuando la montaña del devenir humano se agita con dolores de parto. Dios ha muerto, ¡viva el Superhombre!

El Superhombre destruye y crea los valores a su gusto, como Julio César, Barbarroja o Napoleón. Y lo que quiere es el placer biológico sin trabas. Su símbolo es el dios griego Dionisos, exponente máximo de una conducta que aspira a embriagarse en los instintos vitales, de espaldas al equilibrio y al autocontrol encarnados por el dios Apolo. En carta a su amiga Ida Overbeck, Nietzsche escribe: “Iré a pique a causa de mis pasiones, que me hacen andar a la deriva. Me voy desmoronando poco a poco, y ya nada me importa”.

Como un Voltaire fuera de madre, Nietzsche llevó a cabo una gigantesca operación de demolición cultural que no dejó títere con cabeza. Su objetivo central fue la religión cristiana, pero de paso arremetió contra la Grecia clásica, el positivismo, el evolucionismo, la democracia, el Estado moderno y la música de Wagner. Nietzsche fue la bestia negra de todo lo que se cruzó en su camino, el retrato perfecto de la intolerancia y el fanatismo, defectos que muchos le perdonan cuando advierten que era un enfermo incurable, y que su apasionada y hedonista afirmación de la vida era la proyección de la impotencia de un enfermo.

El ataque al cristianismo ocupa un lugar privilegiado entre las obsesiones destructivas de Nietzsche, quizá como reacción contra la atmósfera pietista que respiró en su niñez.

No se trata de una crítica académica, sino de una oposición visceral: “Yo considero al cristianismo como la peor mentira de seducción que ha habido en la historia”. Además, es la religión de la compasión, y “cuando se tiene compasión se pierde fuerza”, se entorpece la selección natural, se “opone resistencia en favor de los desheredados y de los condenados por la vida”, así que “nada hay más malsano en nuestra malsana humanidad que la compasión cristiana”.

La biografía de Nietzsche corre paralela a su enfermedad, instalada de forma crónica desde los 29 años: depresiones, fuertes jaquecas y dolores de estómago, reumatismos, cegueras... A los 35, después de constantes ataques graves, dimite de su cátedra de Filología Griega y se dedica a buscar por el sur de Europa descanso para su desequilibrada naturaleza. A los 39, su lucidez mental se extingue en Italia un 3 de enero. Moriría once años más tarde, en 1900, sin haber recobrado la razón. Y su fama empezó a extenderse por Europa hasta colocarle en los primeros puestos de la filosofía contemporánea.

El psicoanálisis

El psiquiatra vienés Sigmund **Freud** (1856-1939) se propone otorgar estatuto científico a la propuesta libertaria de Nietzsche. Su célebre **psicoanálisis** constituye una teoría general del comportamiento humano, que se reduce a las tensiones entre la búsqueda del placer y los límites impuestos por la misma realidad. Según Freud, la personalidad humana viene a ser el resultado de esa constante batalla, y crecería sana si la satisfacción de los instintos fuera libre.

Hoy sabemos que Freud se aprovechó de su prestigio como médico. Después de su muerte, el escandaloso descubrimiento de historias clínicas inventadas dejó claro que el psiquiatra encontraba en el psicoanálisis aquello que previamente había decidido encontrar. Jung, uno de sus grandes discípulos, anota en sus *Memorias* algo que el maestro le dijo

en cierta ocasión: “Tenemos que hacer de la teoría sexual un dogma, una fortaleza inexpugnable”.

La experiencia de la psiquiatría ha puesto de manifiesto que la sexualidad desatada, propuesta por Freud y Nietzsche, no es liberadora. Multitud de estudios han demostrado que la promiscuidad, la adicción a la pornografía, la impotencia sexual y diversas aberraciones son consecuencia del modelo antirrepresivo freudiano. La explicación es sencilla: al proclamar la conquista de un mundo feliz por la liberación de los instintos, se ignora su desorden latente, se pasa por alto que la sexualidad no puede ser equiparada a las demás emociones o experiencias elementales, como el comer y el dormir, porque en el momento en que deja de estar bajo control comienza su tiranía.

Desde la antigua Grecia, desde que Platón nos retrató en el mito del carro alado, sabemos que una correcta antropología es necesariamente jerárquica: si la razón no lleva las riendas y prevalece sobre los instintos, es dominada por ellos. **Chesterton**, muy atento a las tesis de Nietzsche y Freud, lo explica de esta manera:

Por la razón que sea, hay algo peligroso y desproporcionado en el lugar que la sexualidad ocupa en la vida humana. Algo que necesita purificación y atención especial. Por eso, la verborrea moderna que propone una sexualidad tan libre como cualquier otro placer (...), o bien es una descripción del Jardín del Edén o un montón de pésima psicología, de la que el mundo ya se cansó hace más de dos mil años.

La conciencia moral, en el centro de toda la ética clásica, también es rechazada por Freud, reducida a mero recurso de seguridad creado colectivamente para proteger el orden civilizado contra la temible agresividad de los seres humanos. Quizá la esencia del freudismo sea el intento de abolir la idea de culpa, responsable del sentimiento de mala conciencia.

cia.

Las ideas de Nietzsche y Freud han conquistado amplísimos sectores culturales y sociales. El profesor norteamericano **Allan Bloom** , en *The Closing of the American Mind*, ve en ambos intelectuales los máximos responsables del nihilismo y el relativismo que triunfan en su país. Las razones de semejante influencia son múltiples. Freud poseía ambición, talento literario e imaginación. Acuñaba neologismos y creaba lemas con facilidad y fortuna, hasta el punto de incorporar a la lengua alemana palabras y expresiones nuevas: el inconsciente, el ego y el superego, el complejo de Edipo, la sublimación, la psicología profunda...

Mucho más importante fue el descubrimiento de Freud por parte de artistas e intelectuales. Freudianos fueron los integrantes de la Escuela de Frankfurt. Del surrealismo podría pensarse que nació para expresar visualmente las ideas freudianas. Novelistas como **Joyce** y **Proust** estaban modificando el centro de gravedad de toda una visión milenaria de la vida. Ignorando la herencia clásica, que confería al hombre una voluntad y una responsabilidad precisas, disolvían la conducta de sus protagonistas en un confuso montón de sensaciones, compatibles con todos los desórdenes. Proust reconoce en sus personajes “el más grande de todos los vicios: la falta de voluntad que impide resistir a los malos hábitos”.

Las revueltas estudiantiles del 68

La revolución sexual, inspirada en Freud y Nietzsche, estará en el centro de las reivindicaciones estudiantiles del **68 francés** . **Guy Sorman** , uno de sus líderes, identifica la chispa:

Todo empezó con un altercado entre un joven estudiante, Daniel Cohn-Bendit, y el ministro de la Juventud, que visitaba la universidad de Nanterre. El debate que se

entabló no trataba más que sobre el acceso de los chicos a los dormitorios de las chicas. El ministro invitó al cabecilla a que fuera a refrescarse a la piscina de la institución. Los estudiantes prefirieron declararse en huelga.

Cohn-Bendit dirá que el objetivo de los huelguistas era “poner la sociedad al servicio del individuo, no el individuo al servicio de la sociedad”. Ese individualismo radical exigía la supresión de la moral sexual y la deconstrucción de la familia, “tapadera opresiva que condena nuestros deseos de ebullición”. Mayo del 68 –resume **Alejandro Llano**– quería situar la economía y la política en el lugar derivado que les corresponde, y abrir camino a un estilo de vida más libre y espontáneo. Pero los estudiantes revoltosos llevaban en el ala el plomo postmarxista y la crisis del sentido cristiano de la vida, especialmente referida a la ética de la sexualidad y a la estabilidad de la familia.

Los estudiantes parisinos consiguieron cambiar el estilo de vida en Occidente. Sus pretensiones liberacionistas y hedonistas se extendieron capilarmente en la sociedad, convirtiéndose en el nuevo código moral por defecto. Sucesivas reformas legislativas introdujeron en la primera mitad de los 70 el divorcio por mero acuerdo entre las partes, el aborto legal, la libre disponibilidad de anticonceptivos... Se hicieron permisivas las costumbres y, para conseguir la igualdad, se difundió un estilo de vivir sin apenas estilo.

Mayo del 68 escenifica la protesta de una joven generación mimada por la vida y por sus padres, en dos de los países más prósperos del planeta: Francia y Estados Unidos. Los estudiantes en huelga siguen el guión que **Ortega y Gasset** había anticipado en *La rebelión de las masas*: rechazan el mundo que ha hecho posible su cómoda existencia y exigen libertad para sus deseos vitales. La revolución política de Robespierre debía culminar en la revolución sexual.

Feminismo e ideología de género

La familia es un nido de perversiones.

Simone de Beauvoir

Si la revolución sexual no elimina la familia, la explotación de la mujer no habrá terminado.

Shulamith Firestone

¿Qué significa ser mujer? ¿Debería significar lo mismo para todas las mujeres? ¿Es correcta la respuesta que ofrece el feminismo? ¿Hay una sola respuesta y un solo feminismo? Para apreciar la complejidad de estas preguntas basta con intentar responderlas. O con leer, por ejemplo, lo que escribe Julián Marías en su ensayo *La mujer en el siglo XX*.

Triunfa la anticoncepción

En vida de **Freud**, la pretensión del **primer feminismo**, liderado por las sufragistas, radicaba la equiparación de derechos entre el varón y la mujer. Pero a los derechos siguieron las funciones y el feminismo comenzó a exigir la eliminación del tradicional reparto de papeles, juzgado como arbitrario. Así se radicalizó el **segundo feminismo**, rechazando la maternidad, el matrimonio y la familia como si fueran formas de esclavitud del varón sobre la mujer.

En el origen de esta radicalización encontramos *El segundo sexo*, un revolucionario ensayo de **Simone de Beauvoir** publicado en 1949. La autora introduce la confrontación marxista en las relaciones de pareja y previene contra “la trampa de la maternidad”, anima a la mujer a liberarse de las “ataduras de su naturaleza” y recomienda el aborto, el divorcio y toda la gama de relaciones sexuales. Estas ideas triunfaron en el París del 68 y se extendieron por los campus europeos y norteamericanos, con el poderoso catalizador de la

píldora anticonceptiva.

En los años sesenta, la legalización de la píldora desató la tentación colectiva más fuerte que la humanidad ha conocido: la posibilidad de sexo libre, sin restricción alguna. Se trataba de una revolución inédita en la Historia. **Gandhi** , uno de los grandes referentes morales del siglo XX, intuyó lo que podía sobrevenir:

Es probable que el amplio uso de esos métodos lleve a la disolución del vínculo matrimonial y al amor libre.

Es ingenuo creer que el uso de anticonceptivos se limitará meramente a regular la descendencia. Solo hay esperanza de una vida decente mientras el acto sexual esté claramente abierto a la transmisión de la vida.

Más explícito que Gandhi, el papa **Pablo VI** , en 1968, en la encíclica *Humanae Vitae* , juzgó la contracepción artificial como gravemente inmoral, y pronosticó consecuencias muy negativas:

- Camino fácil y amplio a la infidelidad conyugal.
- Multiplicación de divorcios y abortos.
- Los jóvenes serán especialmente vulnerables a la inmoralidad sexual.
- El varón, al habituarse al uso de prácticas anticonceptivas, podría perder el respeto a la mujer, hasta verla como un simple instrumento de placer egoísta.
- La anticoncepción podría ser un arma peligrosa en manos de autoridades públicas.

La publicación de la *Humanae Vitae* no salió gratis. Desde entonces, el ataque a la moral sexual de la Iglesia católica ha sido constante. Por eso resulta sumamente instructivo saber a quién han dado la razón los hechos posteriores.

A favor de los anticonceptivos se argumentó que acabarían con el aborto. Parecía una consecuencia lógica, pero los

datos demuestran de forma abrumadora que sucedió lo contrario: los abortos y los nacimientos extramatrimoniales se dispararon al mismo tiempo. ¿Por qué falló esa lógica? En primer lugar, los anticonceptivos disminuyen la sensación de riesgo. Eso favorece encuentros sexuales que no se producirían en otro caso y ocasiona embarazos cuando la mujer ni está ni se siente preparada.

En segundo lugar –como ha explicado **Mary Eberstadt** –, si el embarazo se convierte en una opción para la madre, el matrimonio se va a convertir en una opción para el padre. La píldora traslada injustamente la responsabilidad del embarazo a la mujer, y cuando queda involuntariamente embarazada, facilita que el varón se desentienda irresponsablemente. La anticoncepción redujo drásticamente los incentivos que tenía el hombre para casarse (también para casarse con su novia embarazada).

En tercer lugar, si la anticoncepción “liberó” de responsabilidad al varón, también “liberó” al legislador y al juez, pues del supuesto derecho a la anticoncepción se dedujo que existía un derecho al aborto. Se afirmó y se afirma que la anticoncepción hace a las mujeres más libres y más felices. Quizá por eso fundaciones filantrópicas dedican importantes donaciones a difundir el control de la natalidad entre los africanos. Pero no todas las mujeres africanas lo ven así. La nigeriana Obianuju Ekeocha, en carta abierta a Melinda Gates, le decía: “Veo que estos 4.600 millones de dólares van a traernos desgracias: maridos infieles, calles sin el alboroto inocente de los niños y una vejez sin el tierno y cariñoso cuidado de nuestros hijos”.

La posibilidad de una ancianidad desatendida es una realidad lacerante en Occidente. Del miedo a una inverosímil superpoblación se ha pasado a una real y creciente epidemia de soledad. Cada vez son más frecuentes las noticias de ancianos solitarios que fallecen sin que nadie lo advierta, hasta

que sus vecinos llaman a la policía porque perciben un desagradable olor... Numerosas publicaciones especializadas señalan que la causa principal de este fenómeno es “la ruptura familiar”, especialmente el divorcio. En Suecia, después de mayo del 68, sucesivos Gobiernos se empeñaron en un proyecto de ingeniería social con un objetivo claro: hacer del individualismo la máxima aspiración de los suecos, el criterio de su realización personal. Medio siglo más tarde, un durísimo documental de 2015, *La teoría sueca del amor*, explica perfectamente ese proyecto y su fracaso.

Las actuales feministas tampoco parecen más felices que sus abuelas, a juzgar por sus constantes lamentaciones. Hay que reconocer que no les faltan motivos. La violencia contra la mujer –tanto implícita como explícita– satura los videojuegos y, por supuesto, la pornografía. La alegría y la libertad también escasean en ciertas realidades *pospíldora*, como los escándalos sexuales en Hollywood, que dieron lugar al movimiento *#MeToo*. Se diría que la revolución sexual, en lugar de la liberación prometida, dio carta blanca a la depredación. **Francis Fukuyama** coincide con la *Humanae vitae* cuando escribe que “la revolución sexual sirvió a los intereses del hombre”, afirmación que hoy parece irrefutable, cuando los escándalos de los abusos muestran que la revolución sexual “democratizó” el acoso. Ya no era necesario que un hombre fuera poderoso para abusar impunemente de una mujer o asediarla de modo implacable. Bastaba un mundo donde las mujeres usaran anticonceptivos, es decir, el mundo que tenemos desde los años sesenta, el mundo que la *Humanae vitae* supo ver.

Ideología de género

En el siglo XXI, el feminismo adopta una tercera modalidad más radical: **la ideología de género**. Su objetivo es la implantación de nuevos modelos de familia, educación y relaciones, donde lo masculino y lo femenino esté abierto a

todas las opciones posibles; donde la subjetividad psicológica (“me siento hombre”, “me siento mujer”) prevalezca sobre la objetividad biológica. **Shulamith Firestone** , feminista radical y marxista, es muy explícita. En 1970 escribió:

El objetivo final de la revolución feminista no sólo es eliminar el *privilegio* del varón, sino la distinción sexual (...). Solo entonces terminará la tiranía de la familia biológica y se permitirán todas las formas de sexualidad.

Medio siglo más tarde, **Martin Duberman** , historiador y activista radical LGTB, nos recuerda que los objetivos originales de la ideología de género son destruir la familia, eliminar los juicios morales y crear una “nueva utopía en el ámbito de la transformación psicosexual, una revolución donde ‘hombre’ y ‘mujer’ se conviertan en diferencias obsoletas”.

Una propuesta tan antinatural solo puede triunfar si la imponen las leyes, y esa es precisamente la misión de las leyes de género, que ya proliferan como hongos. La ideología de género da oxígeno a la izquierda marxista, que sustituye al proletario por la mujer, a la que declara en peligro constante, amenazada por el varón. La mejor estrategia de la ideología de género es la educación. Por eso entró de puntillas en los colegios públicos, sin hacer ruido, disfrazada de inclusividad y de iniciativas amables contra un acoso escolar casi inexistente. La máscara cayó al poco tiempo, cuando se denunció el lenguaje y el pensamiento “hetero-normativo”, alegando que todos los alumnos (incluidos los niños de preescolar) necesitan expresar su “auténtico” género.

La escuela que adopta las políticas de inclusión y reorientación sexual –a menudo prescindiendo de las protestas de los padres–, suele hacerlo por la amenaza de demandas judiciales, o por imposición normativa. Una vez adoptada, la agenda de género afecta a *todos sus niños* , no sólo a los “confundidos”. Una escuela inclusiva exige que todos los niños aprendan una falsa antropología y unas ideas desesta-

bilizadoras sobre la identidad. Exige la formación de todo el personal escolar en la nueva neolengua, desde los conductores de autobuses hasta el equipo directivo. Peor aún: los activistas justifican que se oculte todo esto a los padres, alegando que los niños no están seguros en casa cuando los padres (sobre todo los que son religiosos) se oponen a la ideología.

Ese adoctrinamiento no permite la discrepancia, y mucho menos la enmienda a la totalidad. No se puede decir, como en el cuento de Andersen, que el rey va desnudo. Por eso abundan los centros escolares inundados de arcoiris, celebraciones del orgullo gay, espacios seguros, clubs de estudiantes homosexuales y heterosexuales, libros con historias transgénero... Pero lo cierto es que el rey está completamente desnudo, y que los ideólogos de género han inventado un problema donde no lo había. O, si se prefiere, han magnificado el problema de la inclusión de las minorías sexuales como si fuera el gran problema de la Humanidad, convirtiendo un grano de arena en un Himalaya.

La educación sexual que impone el modelo LGTB presupone que *cualquier niño* puede ser trans o gay. Por esa razón, *todos* los niños saben que hay sexo anal, “mujeres” con pene y “chicos” con vulva. Algunas escuelas públicas permiten que los estudiantes transgénero utilicen baños, taquillas y habitaciones de lo que, hasta hace poco, era para ellos el sexo opuesto. Cada vez hay más chicos que se identifican como chicas y ganan competiciones deportivas. Todo esto puede resultar más o menos morboso y surrealista, pero no es la finalidad de la ideología de género. Su meta final es la utopía de Firestone y Duberman: pansexualidad, identidad fluida, tolerancia sexual sin restricciones y desaparición de los vínculos biológicos y de parentesco.

No es difícil entender que ese tipo de libertad sexual provoca serios conflictos legales, morales y psicológicos. Pasar por alto el peso de la biología y afirmar que la sexualidad

masculina y femenina es opcional, no determinada por la condición biológica del varón y la mujer, es chocar frontalmente contra la realidad y la naturaleza del ser humano. **Shakespeare**, por boca del médico de Macbeth, lo expresa de forma insuperable: “Los actos contra la naturaleza engendran disturbios contra la naturaleza”.

Sin embargo, es propio de toda ideología negar la evidencia, y la de género no duda en rechazar el carácter patológico o anómalo de cuadros clínicos considerados como tales por los especialistas. Así, la *disforia de género* (creer o desear pertenecer al sexo opuesto) fue tratada con terapia psicológica –igual que la anorexia– hasta que la ideología tomó por asalto los medios de comunicación, los programas educativos, las leyes y los protocolos terapéuticos. De ahí la enorme importancia de mostrar las consecuencias reales: niños convertidos en personas estériles debido a cócteles hormonales; jóvenes con cuerpos mutilados; ciudadanos libres que ya no son libres de decir lo que piensan...

A políticos y legisladores también conviene recordarles que los ciudadanos, además de orientación sexual, tienen orientaciones políticas, musicales, deportivas, religiosas, gastronómicas... El Estado está obligado a respetarlas, sin imponer como verdadera ninguna en particular, sin privilegiar una en los planes de educación. Si lo hace, si dicta a los ciudadanos lo que deben hacer o pensar, incurre en un inadmisibles abuso de poder.

Respetar a un budista, a un musulmán o a un cristiano no significa creer que sus doctrinas son verdaderas, y ese respeto es compatible con no sentir aprecio por ellas. Cualquiera sabe que respetar no significa aplaudir. Por eso, cuando el colectivo LGTB exige ferviente adhesión a su postura, atenta contra una libertad básica –la libertad de pensamiento– y pide un trato de privilegio incompatible con la democracia.

En democracia no solo existe el derecho a discrepar, sino

que el ejercicio de la discrepancia protege la libertad de todos. En las sociedades libres nadie está obligado a considerar correcta cada una de las opciones vitales de los demás, y todo el mundo puede pensar que hay formas de conducta positivas y negativas, morales e inmorales, inofensivas y peligrosas. Por lo mismo, cualquiera está en su derecho de procurar, por las vías legales, que las formas de vida que considera inmorales no se expliquen en la escuela a sus hijos, y que tampoco se “visibilicen” en la calle por imperativo legal y con dinero del contribuyente. Lejos de formar parte de los derechos humanos, la imposición pública de una opción sexual va contra ellos.

Por si fuera poco, las leyes que privilegian al colectivo LGTB suelen dedicar un último capítulo a las sanciones por homofobia, lesbofobia, bifobia y transfobia. ¿Qué interés mueve al legislador que confunde la discrepancia con el odio? Esa injustificada equiparación inventa una realidad que no existe, imagina homófobos a la vuelta de cada esquina, y eso sí parece irresponsable incitación al odio y manipulación.

Nadie duda que la discriminación sexual debe estar perseguida y penalizada por la ley. Pero los colectivos LGTB piden leyes específicas contra esa discriminación concreta. Ante semejante pretensión, es oportuno preguntarse si debe haber leyes particulares para cada tipo de discriminación, cuando ya existe una ley general que abarca todos los supuestos. Si se responde afirmativamente, además de promulgar leyes innecesarias, el legislador se enfrenta a la imposibilidad de contemplar todas las posibles formas de discriminación, y entonces la propia legislación se convierte en discriminatoria. Es lo que sucede en las Comunidades Autónomas españolas que han legislado contra la discriminación por orientación sexual y no contra las demás formas de discriminación.

No se puede decir que la violencia de género sea un grano de arena. Pero las leyes para combatirla pueden ser profundamente discriminatorias e inconstitucionales cuando –negando la presunción de inocencia y la igualdad– castigan más al delincuente si es varón. Es lo que sucede en España, donde se facilitan las falsas denuncias al considerar suficiente el testimonio de la mujer para la detención del acusado; donde la ley andaluza premia a la denunciante con ayudas económicas (art. 46), le concede prioridad en las solicitudes de excedencia y cambio de centro de trabajo (art. 53), en el acceso a viviendas sociales (art. 48), en los programas de formación e inserción laboral y de fomento del empleo (arts. 51 y 52). No se trata de negar las ayudas a las mujeres maltratadas, sino de redactar una nueva ley que, según **Francisco Contreras**, Catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Sevilla:

Combata por igual todas las modalidades de violencia doméstica: hombre que ataca a mujer, mujer que ataca a hombre (un caso por cada cuatro de lo anterior), hombre que ataca a hombre o mujer que ataca a mujer en parejas del mismo sexo (por cierto, estadísticamente más violentas que las parejas heterosexuales), hombre o mujer que atacan a niños (es más frecuente que sea la madre la que asesina a los hijos) y que no lesione la presunción de inocencia, base del Derecho Penal civilizado.

Otro de los “disturbios contra la naturaleza” del feminismo ideológico es lo que hoy se denomina *suicidio demográfico*. Simone de **Beauvoir**, **Gramsci** y **Marcuse** creyeron que destruyendo la “familia tradicional” allanarían el camino al socialismo comunista, pues para ellos la “familia burguesa” era –junto a la propiedad privada– la institución fundamental de la odiosa sociedad capitalista. Sin embargo, minada la familia, no llegó el esperado comunismo, sino algo muy diferente: una sociedad hedonista, de gente obsesionada por

apurar la vida al máximo, cada vez menos dispuesta a tener hijos y formar familias estables. Lo veremos a continuación.

Ecologismo y antinatalismo

La capacidad de crecimiento de la población es infinitamente mayor que la capacidad de la tierra para producir alimentos.

Malthus

El dominio tecnológico sobre la naturaleza se ha traducido a menudo en degradación del medio ambiente. Sucedió especialmente durante las revoluciones industriales y las guerras mundiales. A finales del siglo XX, tras la caída del Muro de Berlín y de los regímenes comunistas, se hicieron visibles las profundas heridas que dicha ideología política había infligido, no solo a millones de personas, sino también a la naturaleza, con la contaminación irresponsable de la tierra, las aguas y el aire. Ese pasado dramático ayuda a explicar que, junto al feminismo y a la mentalidad anticonceptiva, la ecología ocupe un puesto central en el horizonte cultural contemporáneo. El ecologismo es su radicalización ideológica.

El movimiento ecológico nació para administrar responsablemente los recursos naturales y legar a las generaciones venideras una naturaleza incólume. Pero plantear correctamente la relación entre el ser humano y la naturaleza no es fácil. Exige una idea previa sobre el estatus de ambos. ¿Están al mismo nivel? ¿Tienen los mismos derechos? ¿Son obra de un Creador o resultado del azar? Las respuestas a estas preguntas no solo pueden ser diferentes, sino contrarias, y algunas han otorgado a cierto ecologismo las notas típicas de una ideología.

Alexander von Humboldt, fundador de la Universidad de Berlín, uno de los principales impulsores de la geología, la

geografía y la biología, acortó la diferencia entre el hombre y los animales, sacralizó la naturaleza y rechazó la noción de creación. También Thoreau, el Homero americano, divinizó la naturaleza, no la vio como un don de Dios. Ese tipo de postulados alimentan las versiones ideológicas de la *Deep Ecology*, hasta llegar a contemplar al hombre como un virus peligroso para la “Madre Tierra”. Por eso, los embriones humanos y los enfermos terminales de muchos países occidentales, están menos protegidos por la ley que algunas especies animales.

En la versión más radical del ecologismo, Christopher Manes, editor del *Earth First! Journal*, ha repetido que “la extinción de la especie humana es algo bueno”. En su artículo *Población y SIDA* sostenía que, si el SIDA mataba a un 80% de la población mundial, contribuiría a salvar la naturaleza. En esa misma línea, Ingrid Newkirk, cofundadora de la organización de defensa de los animales más importante del mundo (PETA), se ha atrevido a decir que “en los campos de concentración fueron aniquilados 6 millones de judíos, pero 6.000 millones de gallinas morirán este año en mataderos”.

En 1968, **Paul Ehrlich** publicó *The Population Bomb*. En la introducción aseguraba que “durante la década de los setenta el mundo experimentará una hambruna de proporciones trágicas: cientos de millones de personas morirán de hambre”. Se vendieron más de tres millones de ejemplares.

En 1972, el **Club de Roma** hizo público el informe *Los límites del crecimiento*, elaborado por el MIT. El texto también era catastrofista. Aseguraba que la mayor parte de las fuentes de energía y materias primas del planeta se habrían agotado antes de fin de siglo, y que la quinta parte de la población habría sucumbido a la consiguiente crisis alimentaria. Las previsiones de Ehrlich y del Club de Roma eran falsas, pero así juegan las ideologías, pues para ellas “no importa la verdad, solo lo que la gente cree que es verdad” (Paul Wat-

son, cofundador de *Greenpeace*).

Las ideologías suelen inventar o exagerar un problema grave, a veces en forma de enemigo real o imaginario. A continuación auguran un futuro apocalíptico si no se combate al enemigo y se resuelve el problema. Así justifican su intervención “salvadora”. La táctica del ecologismo ideológico es repetir constantemente la existencia de una crisis ecológica real o ficticia, llámese deforestación, desertización, contaminación, calentamiento global o desaparición de especies. Expuesto el problema, se presenta al culpable –el ser humano– como una amenaza para el ecosistema biogénico. Y se propone o se impone una solución neomalthusiana: el control de la natalidad por medio del aborto, la píldora y la esterilización.

El ecologismo no está solo a la hora de promover el control de la natalidad. Apoyan esa causa casi todas las ideologías. La mentalidad antinatalista se disparó con el celebre *Ensayo sobre los principios de la población* , publicado por **Thomas Malthus** a finales del siglo XVIII, aunque se pueden encontrar raíces más profundas. Platón y Aristóteles propusieron medidas para evitar un crecimiento demográfico excesivo en la *polis* . En la Inglaterra de finales del siglo XVI, a **Francis Bacon** le preocupaba la alimentación de los 4 millones de habitantes. En la China del siglo XVIII, Hong-Liang-Ki estimaba que 330 millones de habitantes eran excesivos.

No todos piensan lo mismo, claro está. **Jean Bodin** , en el siglo XVI, afirmaba que “nunca hay que temer que haya demasiados ciudadanos, dado que no hay mayor riqueza ni fuerza que los hombres”. **Fénelon** , hacia 1700, estimaba que, “bien cultivada, la tierra alimentaría cien veces más hombres de los que alimenta”. En 1776, el economista **Auxiron** creía que Francia soportaría 140 millones de habitantes, siete veces la población que tenía el país entonces. **Malthus**

, en cambio, pronosticó que los alimentos aumentarían en progresión aritmética, mientras la población crecería en progresión geométrica. Sucedió casi lo contrario, pero su amenaza catastrofista triunfó en el imaginario colectivo, apoyada en una metáfora succulenta: a más comensales, menos tarta. En 1802, cuando Java contaba con una población de 4 millones de habitantes, un funcionario holandés aseguró que estaba superpoblada. Dos siglos más tarde, vivían en la isla 123 millones de habitantes.

Malthus no pudo imaginar que la revolución tecnocientífica multiplicaría las tartas y privaría de esa justificación al control de la natalidad. Angus Deaton, Premio Nobel de Economía, nos recuerda que la fuente principal de la prosperidad no es la tierra o los recursos naturales, sino algo mucho más importante: las personas. Un ser humano más en el mundo no es una carga más, sino alguien con capacidad de crear riqueza.

Para ver que el mundo no está superpoblado basta con subirse a un avión. También conviene preguntarse por qué algunos de los países con más densidad de población se cuentan entre los más prósperos. No existe un porcentaje óptimo de habitantes, ni una relación causal entre densidad y nivel de vida. Así lo ponen de manifiesto porcentajes y desarrollos tan diversos como los que encontramos en Australia (3 habitantes por kilómetro cuadrado), Canadá (4), Libia (4), Bolivia (6), Noruega (14), República del Congo (15), Finlandia (17), Estados Unidos (25), Etiopía (35), Guinea Ecuatorial (44), Costa Rica (96), Francia (98), China (145), República Dominicana (160), Italia (201), El Salvador (302), Holanda (354), Haití (391), India (403), Corea del Sur (409), Taiwán (668), Singapur (7.798)...

Una rápida comparación de los datos anteriores nos dice que la diferencia de nivel socioeconómico no la marca la densidad de población, sino los regímenes políticos. Otra

lectura rápida deja claro que, además de consumir, las personas producen. Más que los políticos, más que las empresas, los bancos y los recursos naturales, quienes producen riqueza son las personas, en la medida en que forman parte de sistemas políticos y económicos justos y libres. Por ello, hay que sopesar con mucha prudencia ciertas “soluciones” drásticas. Las esterilizaciones forzadas no solo son violaciones de derechos humanos, sino que suelen tener consecuencias indeseadas. Los casos de China e India son un buen ejemplo. En 1976, el gobierno indio declaraba: “Cuando el Parlamento de un Estado decida que es necesario aprobar una ley de esterilización obligatoria, que lo haga”. En los seis meses siguientes a esa disposición, fueron esterilizados más de seis millones de indios, muchos de ellos a la fuerza. La indignación popular fue tan grande que provocó la caída del gobierno de Indira Gandhi.

En 1974, **Pablo VI** desenmascaraba en la sede de la FAO una de las principales causas del antinatalismo:

En otros tiempos, en un pasado que esperamos haya terminado para siempre, las naciones solían hacer la guerra para apoderarse de las riquezas de sus vecinos. ¿Y no es una nueva forma de hacer la guerra imponer a las naciones una política demográfica restrictiva, para asegurarse de que no reclamarán la parte que les corresponde de los productos de la tierra?

Aunque infundado, el miedo a la superpoblación había calado en la opinión pública. Ese temor, aliado con el feminismo ideológico, ha provocado en Occidente el desplome de la natalidad que conocemos como *suicidio demográfico*, fenómeno en el que Nietzsche tiene su cuota de responsabilidad: los filósofos posmodernos constatan que el Superhombre ha enterrado el deber moral y ha implantado sobre su tumba el reinado del individualismo hedonista. Pero el horizonte del hedonista suele terminar delante de sus narices. ¿Por qué

tendría que pensar a largo plazo quien está convencido de que nuestra especie es un capricho de la química del carbono? Para cada uno de nosotros –piensa el materialista– la vida concluye definitivamente dentro de unos años. ¿Qué sentido tiene entonces preocuparse por lo que vaya a ocurrir después? Sobre todo, si uno ha tenido la precaución de no engendrar hijos por cuyo porvenir inquietarse.

España es uno de los países donde más ha arraigado esa mentalidad. Desde 2015, el número de fallecimientos supera al de nacimientos, y en el primer semestre de 2018 la edad media para ser madre superó por primera vez la barrera de los 32 años. El país ha pasado en medio siglo del “baby boom” al “death boom”. El filósofo **David Benatar** ha reconocido lo que muchos europeos piensan secretamente en un libro de título impactante: *Mejor no haber sido nunca: El daño de la existencia*. Básicamente, afirma que la vida humana es sobre todo frustración: deseo insatisfecho, carencia, tensión constante hacia objetivos que, una vez alcanzados, decepcionan. Para Benatar, el saldo emocional de la vida arroja una clara asimetría entre el placer y el dolor; los contados momentos de plenitud no compensan los innumerables de frustración, temor, decepción, hastío...

Cómo hacer frente a la crisis demográfica

Francisco Contreras piensa que la crisis demográfica europea es, en gran medida, la expresión de un cansancio existencial y de un prolongado nihilismo: para desear transmitir la vida es preciso creer que tiene un significado. Por eso, la batalla cultural por la natalidad tendrá que descender hasta el nivel de los fundamentos, hasta conseguir que los europeos vuelvan a creer en algo que les trascienda y proporcione sentido.

Europa –explica Contreras– necesita un empeño cultural a favor de la vida y en contra del aborto, a favor del matrimonio y la familia. Un empeño similar al que el movimiento

conservador norteamericano puso en práctica en los EEUU de los noventa. Esta campaña debería partir de los creadores de opinión: novelistas, profesores, periodistas, directores de cine, actores, guionistas, deportistas de élite... El Estado colaboraría con lo que le compete, sabiendo que las leyes envían mensajes morales a la población. Si se equipara el tratamiento jurídico de las parejas de hecho al de los matrimonios, se está emitiendo un mensaje contrario a la familia: “casarse es anticuado; las leyes os prometen las mismas ventajas sin necesidad de atarse de por vida”. Por el contrario, si se rodea a la pareja casada de privilegios legales y económicos, se está transmitiendo un mensaje de signo inverso: “casarse y tener hijos es algo digno, noble, merecedor de reconocimiento”. Probablemente, lo que necesitan los “últimos padres” no es tanto estímulo económico como reconocimiento social: prestigio, gratitud, revalorización de la función parental.

Mientras se redactan estas líneas, la periodista **Cayetana Álvarez de Toledo** escribe en el diario español *El Mundo*, el 8 de marzo de 2018, Día de la Mujer:

La murga retrofeminista sería reducible a un bongo más de la orquesta antisistema si no tuviera consecuencias. Y si esas consecuencias no fueran tan negativas: el victimismo y la guerra de sexos (...). Nada hay más paralizante, contrario al pleno despliegue del potencial de una mujer, que el victimismo (...).

Las mujeres de hoy tienen una decisión crucial que tomar. Y la toman en función de su edad, personalidad e intereses. En general, a los 20 años anteponen su carrera a la maternidad. Pasados los 30 empiezan a dudar. Llegados los 40 algunas se arrepienten, bien de no haber tenido hijos, bien de haberlos tenido tarde, bien de no haberles dedicado el tiempo suficiente. Es el coste que asumen, cada vez con más ayudas –los permisos de paterni-

dad, las jornadas reducidas, la conciliación en casa– pero desde su condición única y peculiar. Que no es fruto de ninguna imposición heteropatriarcal. Que no la inventó Occidente ni el capitalismo (...). Que simplemente es consecuencia de dos hechos básicos: nosotras parimos y, sí, nosotras decidimos. Hay mujeres inteligentes, fuertes y formadas que voluntariamente deciden cuidar de sus niños. Que renuncian a un ascenso. Que prefieren la felicidad familiar, o cualquier otra cosa, al éxito material y profesional. Es lo que Susan Pinker ha llamado «el síndrome de la vicepresidenta», cada vez más extendido. El retrofeminismo no quiere verlo porque rompe sus esquemas, que paradójicamente, o no tanto, son profundamente masculinos.

Posverdad y corrección política

El señor Hearst, en su larga y poco honorable carrera, ha inflamado los ánimos de los americanos contra los españoles; de los americanos contra los japoneses; de los americanos contra los filipinos; de los americanos contra los rusos. Y para orquestar sus incendiarias campañas ha impreso retorcidas mentiras, documentos inventados, historias de falsas atrocidades, delirantes editoriales, fotografías sensacionalistas y montajes de todo tipo, al servicio de su patrioterismo violento.

Ernest L. Meyer

Privadas del horizonte trascendente, las ideologías han propiciado tiempos de nihilismo y pérdida de sentido. Esa nueva situación se suele conocer como *posmodernidad* , y entre sus productos más interesantes están la posverdad y la corrección política.

Modernidad líquida

La palabra *posmodernidad* fue acuñada en 1979 por Lyotard, un profesor de la Universidad de París. La usó para describir un tipo de sociedad donde cada grupo defiende su verdad y establece su propio lenguaje, sin que sea posible llegar a consensos amplios. Hacia el año 2000, el filósofo y sociólogo polaco **Zygmunt Bauman** , al poner como título de uno de sus libros *Modernidad líquida* , consagró una de las metáforas más acertadas sobre la posmodernidad.

A caballo entre los siglos XX y XXI, la posmodernidad no tiene escuela filosófica ni propuesta ética. Tiene filósofos y sociólogos que intentan explicar lo que ven, levantar acta de los cambios que han experimentado las sociedades y las conductas. No tratan, por tanto, de defender las coordenadas del mundo en el que viven. Se limitan a describir sus novedades,

con una imparcialidad que les permite alabar unos aspectos y deplorar otros. Si celebran el fin de las utopías, de las cosmovisiones y de los rigorismos morales, también denuncian la sobredosis de información, el consumismo compulsivo, el individualismo insolidario y la multiplicación de adicciones. En este sentido, los títulos de sus libros no pueden ser más elocuentes: *La era del vacío* , *El crepúsculo del deber* , *El imperio de lo efímero* , *La sociedad de la decepción* , *Cultura y simulacro* , *Modernidad líquida* , *El pensamiento débil* ...

Los principales representantes del pensamiento posmoderno son el italiano Vattimo, el polaco Bauman, el norteamericano Rorty, el alemán Sloterdijk y los franceses Lyotard, Derrida, Deluze, Baudrillard y Lipovetsky. **Woody Allen** no forma parte de ese grupo, pero en sus películas muestra de manera insuperable nuestra modernidad líquida, donde las ideas de Nietzsche y Freud han calado hasta provocar una profunda inversión de la moral pensada y vivida

La posmodernidad es relativista, no admite que una cultura pueda ser verdadera, superior o mejor que otra. Todas le parecen igualmente respetables. En consecuencia, hemos de asumir el disenso, los localismos y la disgregación social. Ahora solo caben acuerdos parciales, temporales y siempre revisables, para lograr una convivencia que a veces tiende a ser mera supervivencia.

Posverdad

Los posmodernos no quieren defender ninguna ideología, pero en cierta manera lo hacen: su paradójica verdad se llama **posverdad** , eufemismo que pretende lavar la cara del viejo relativismo, presente de forma transversal en todas las ideologías. En 2016, *posverdad* fue elegida palabra del año por el *Oxford English Dictionary* , donde leemos que se trata de una predisposición a poner los sentimientos y las convicciones personales por encima de los hechos. Eso fue lo que determinó, según parece, la aparatosa victoria de Donald

Trump y del Brexit.

Una falacia posmoderna –pensar que todas las opiniones son igual de respetables y valiosas– ha facilitado el auge de la posverdad. Esa falacia arraiga y crece fácilmente en un mundo donde la sobredosis de información hace que todo nos parezca confuso, profuso y difuso. La posverdad proporciona una tabla de salvación en medio de ese caos, nos brinda un mecanismo psicológico de defensa, la seguridad de saber a qué atenernos. Por eso aparece en cuestiones tan abiertas como el cambio climático, el feminismo o la inmigración, donde la ideología ayuda a tomar postura ante problemas que se nos escapan. Pero la ideología simplifica, distorsiona y barre para casa. Ya lo había dicho Nietzsche: no hay verdades, solo interpretaciones.

Por otra parte, la novedad de la palabra *posverdad* no va más allá de la palabra, pues la situación a la que nombra es tan vieja como la humanidad. Si el conflicto armado es una odiosa constante en la historia humana, **Tucídides** observó que la primera víctima de toda guerra es la verdad. **Imperiofobia y Leyenda Negra**, el ya citado título de **María Elvira Roca** –minucioso y apabullante estudio sobre propaganda mentirosa, desinformación y calumnia– puede dejar boquiabierto al mejor informado de los lectores. Entre sus innumerables ejemplos, relativos a cinco siglos de historia de Europa y América, encontramos el conocido *casus belli* que acabó con las últimas posesiones de España en América. Al expansionismo norteamericano le interesaba mucho Cuba. La prensa amarilla estadounidense, con William Randolph **Hearst** y Joseph **Pulitzer** a la cabeza, se empleó a fondo en una campaña para convencer a la opinión pública de que aquella guerra era necesaria y justa.

Así las cosas, El 15 de febrero de 1898, a las 21:40 horas, el acorazado *Maine* explotó en la bahía de La Habana. De los 355 tripulantes, murieron 254 marineros y dos oficiales. El

resto de la oficialidad disfrutaba, a esas horas, de un baile dado en su honor por las autoridades españolas. Aunque el capitán declaró desconocer la causa de la explosión, la prensa norteamericana acusó inmediatamente a los militares españoles. Ante las reticencias de su fotógrafo en La Habana, Hearst fue tajante: “Usted proporcione las imágenes y yo proporcionaré la guerra”. Se declaró la guerra y se desató una histeria colectiva: “¡Recordad el *Maine* , al infierno con España!”. En privado, Pulitzer bromeaba diciendo que nadie en su sano juicio podía creer que España realmente hubiera decidido hundir el barco. Hearst falleció en 1951, siendo propietario de televisiones que sumaban el 18 por ciento del total de las emisiones, de 16 periódicos y 16 radios. El también periodista Ernest L. Meyer le dedicó la dura semblanza que abre este capítulo.

Corrección política

Dentro de la posverdad ha brotado lo que se conoce como **corrección política** , cierta ortodoxia cultural que se ha convertido en una especie de religión secular de Occidente desde los últimos años del siglo XX. El lenguaje “políticamente correcto” domina el discurso público y censura cualquier transgresión, de espaldas a la célebre definición de **Orwell** : “La libertad es el derecho de decir a la gente aquello que no quiere oír”. Los ejemplos son innumerables, y van de lo más ridículo a lo más execrable, como el sonado escándalo de las niñas de Rotherham, en el deprimido Norte de Inglaterra: durante años, un grupo de varones abusó de menores blancas de clase baja. A pesar de las denuncias de algunas funcionarias de los servicios sociales, la administración municipal laborista desoyó los avisos por temor a ser tachada de xenófoba y racista, porque los varones... eran de origen paquistaní.

La corrección política es otro producto ideológico de la gran factoría marxista. Los pensadores de la Escuela de

Frankfurt, con el pretexto de no ofender a grupos raciales, sexuales, étnicos, culturales o religiosos, fueron eliminando del ámbito público los conceptos que sostienen Occidente. **Lukács** resume su propósito en estas palabras: “El marxismo solo triunfará si se derrumban los valores de la civilización occidental”. Estamos, como hemos dicho, ante una revisión del marxismo, que prueba fortuna en el ámbito cultural tras haber fracasado en el terreno económico. **Patrick Buchanan** lo resume así en su obra *The Death of the West* :

La corrección política es marxismo cultural, un régimen para castigar a los disidentes y para estigmatizar las herejías sociales, justo como la Inquisición castigó las herejías religiosas. Su sello es la intolerancia.

En España, RTVE, la empresa informativa estatal de radio y televisión, recibía el 15 de enero de 2019 el siguiente twit de Carlos Martínez Gorriarán, @cmgorriaran:

@rtve, buenas tardes: ¿Por qué vuestros informativos califican a @vox de “extrema derecha” y nunca a PdCat (golpistas), PNV (separatistas), Bildu (terroristas), PP y PSOE (corruptos), Podemos (extrema izquierda), C’s (oportunistas), etc.? ¿Algún motivo?

El historiador norteamericano **Stanley Payne** protesta contra una corrección política “absolutamente *talibanista* con la historia (...), que en Occidente domina el discurso público, los medios culturales y el mundo universitario”. Un producto estrella de la corrección política es la **memoria histórica** . Se trata –afirma **Payne** – de una “ideología anti-histórica en dos sentidos: primero, porque no tiene el menor interés en comprender la historia o estudiarla en serio, y segundo, porque desea oponerse a ella y denunciarla sistemáticamente”. Un excelente botón de muestra lo encuentra el citado historiador en España, donde la memoria histórica “se circunscribe a la represión contra las izquierdas durante la Guerra Civil y/o la dictadura de Franco, no a la represión

que ejercieron las izquierdas sobre las derechas durante la Segunda República y la Guerra Civil”. Entre los numerosos estudios históricos que demuestran la tiranía republicana y su mentira sistemática, destacan: *Segunda República: de la esperanza al fracaso* (Miguel Platón) y *1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente popular* (Álvarez Tardío y Villa García).

El argumento histórico sectario siempre ha sido un arma fundamental para las izquierdas, desprovistas de sus banderas y doctrinas de antaño. Con sus versiones oficiales de la verdad histórica instauran una especie de sovietismo suave, que atenta contra la libertad de pensamiento y expresión, algo fundamental para el Estado de derecho. Porque un Estado democrático –subraya Payne– no puede establecer una versión oficial de la historia e imponerla a sus ciudadanos. Si las izquierdas lo hacen, están ejerciendo de Gran Hermano.

Posdeber

Los tiempos de la posverdad son también los tiempos del posdeber. Desde la Revolución francesa, el deber moral fue definitivamente aligerado de su fundamento divino, y solo quedó apoyado en un fundamento civil. Hoy estamos más empeñados que nunca en la vieja pretensión del Superhombre: acabar con el mismo deber, sustituirlo por el individualismo, e implantar sobre su tumba el reinado de la real gana.

A los ojos de los actuales herederos de Voltaire, Rousseau y Nietzsche, toda ética basada en el deber aparece como imposición fanática y fundamentalista. Como explica **Lipovetsky** en *El crepúsculo del deber*, hemos entrado en la época del posdeber, en una sociedad que desprecia la abnegación y estimula sistemáticamente los deseos inmediatos, un Nuevo Mundo donde solo se otorga crédito a las normas indoloras, a la moral sin obligación ni sanción.

El problema es la cuenta de resultados. Lipovetsky reco-

noce que la anestesia del deber contribuye a disolver el necesario autocontrol de los comportamientos, a promover un individualismo conflictivo. Cita como ejemplos elocuentes la durísima competencia profesional y social, la proliferación de suburbios donde se multiplican las familias sin padre, los analfabetos, los miserables atrapados por la gangrena de la droga, las violencias de los jóvenes, el aumento de las violaciones y los asesinatos. Son efectos de una cultura –dice– que celebra el presente puro estimulando el ego, la vida libre, el cumplimiento inmediato de los deseos.

Lipovetsky advierte que en la resolución de esos conflictos nos jugamos el porvenir de las democracias: “No hay en absoluto tarea más crucial que hacer retroceder el individualismo irresponsable”. Si su citado libro se abría con un optimismo que sonaba a música celestial compuesta para la coronación del buen salvaje, doscientas páginas después el autor empieza a desdecirse y denuncia las trampas de la razón posmoralista, apela con todas sus fuerzas a la ética aristotélica de la prudencia, subraya que en todas partes la fiebre de autonomía moral se paga con el desequilibrio existencial, y reconoce abiertamente que la solución a nuestros males “exige virtud, honestidad, respeto a los derechos del hombre, responsabilidad individual, deontología”.

La sustancia de la sociedad posmoderna es, en resumen, una mezcla de movilidad, incertidumbre y valores relativos, con acuerdos temporales y pasajeros, válidos solo hasta nuevo aviso. Ese “fin de la era del compromiso mutuo” obliga al individuo a adaptarse constantemente, a reinventarse varias veces a lo largo de su vida, a sufrir la provisionalidad crónica de su personalidad, a vivir en estado de perpetua zozobra. Después de echar las cuentas, el último **Vattimo** nos brinda un último consejo:

El hombre posmoderno ha quedado desamparado al abandonar la creencia religiosa y abrazar el ateísmo. Sin

un sentido trascendente de la vida, experimenta angustia e infelicidad. Nada malo hay, por tanto, en volver a la ética del amor al prójimo.

ÍNDICE

1. Occidente y las ideologías	4
2. La Ilustración y su Revolución	10
3. La masonería	20
4. El positivismo	24
5. Evolucionismo radical	31
6. Liberalismo y capitalismo	38
7. El marxismo como ingeniería social	44
8. Los nacionalismos	57
9. Nietzsche, Freud y la revolución sexual	65
10. Feminismo e ideología de género	71
11. Ecologismo y antinatalismo	81
12. Posverdad y corrección política	89